

LA BATALLA DE AYACUCHO Y LA CONSTRUCCIÓN DEL PERÚ. ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

Emilio de DIEGO GARCÍA¹

RESUMEN

Ayacucho, batalla decisiva. Esta parece ser la característica fundamental de un episodio militar, elevado a la categoría de mito, en la dinámica de ruptura entre la monarquía española y sus dominios en el Nuevo Continente. El 9 de diciembre de 1824 marcó un antes y un después, este último esencialmente distinto de todo lo anterior. El relato de aquella jornada ha dado pie a numerosas descripciones, más o menos repetitivas. Con el paso del tiempo y, a pesar de las diferentes lecturas posibles, sigue ocupando un lugar privilegiado en la Historia y en el corazón de millones de peruanos (y de otros hispanoamericanos). Ayacucho, en los confines del mundo andino, es un acontecimiento militar, soporte de la construcción de un «hecho histórico», que representa mucho más en el tiempo y en el espacio. Acaso ha llegado el momento, en su bicentenario, de reflexionar sobre ese acontecimiento para repensar la «epopeya libertadora», con sus luces y sus sombras y, sobre todo, en el caso del Perú.

Ayacucho, fin de una época y comienzo de otra, frontera y puente entre dos orillas de la Historia, su trascendencia reside en esa doble circunstancia, de fin y principio, puerta de salida y de entrada, que se refleja en la

¹ Real Academia de Doctores de España.

ruptura y la continuidad; la implantación de «lo nuevo» y la pervivencia de lo «tradicional». Una combinación, variable en el tiempo, de utopía y realidad. Haremos pues una relectura de la contienda entre las fuerzas «realistas» e «independentistas», en la culminación de la campaña de 1824.

Así, junto a su significado histórico-político atenderemos, con las limitaciones que imponen las posibilidades de este artículo, a varios factores claves en el dominio de lo militar, a fin de comprender mejor lo ocurrido; ciertos aspectos que, por lo general, han merecido menor consideración en la historiografía sobre Ayacucho. Haremos por tanto diversos apuntes acerca de la logística, la estrategia, la táctica, la información, la propaganda, las comunicaciones y los recursos al alcance de uno y otro bando, tanto en lo concerniente a los medios humanos y materiales, como las circunstancias del contexto en que se desarrollaron los acontecimientos.

PALABRAS CLAVE: Ayacucho, batalla decisiva. Fin y principio. Frontera y puente. Implantación de «lo nuevo» y la pervivencia de lo «tradicional». Epopeya libertadora. Logística. Propaganda. Historiografía sobre Ayacucho. Fuerzas «realistas» e «independentistas».

ABSTRACT

Ayacucho, decisive battle. This seems to be the main feature of a military deed, raised to the status of myth, in the process of splitting between the Spanish monarchy and its possessions in the New Continent. December 9, 1824 was a turning point, and everything after would be essentially different. The story of that day has given rise to numerous descriptions, more or less repetitive. Over time, despite the different interpretations, this battle keeps a privileged place in History and in the hearts of millions of Peruvians (and other Hispanic Americans). Ayacucho, in the boundaries of the Andean world, is a military event, which supports the construction of a «historical fact», which represents much more in time and space. Perhaps the time has come, in its bicentennial, to meditate on such event and think over the «liberating saga», with its lights and shadows and, above all, in the case of Peru.

Ayacucho, end of an era and beginning of another, border and bridge between two shores of History, its significance lies in that double circumstance of end and beginning, exit and entry gate, which is reflected in the rupture and the continuity, the implementation of «the new» and the survival of «the traditional». A variable combination of utopia and reality. Therefore,

we will re-read the conflict between the «realist» and «separatists» forces, at the culmination of the 1824 campaign.

Thus, along with its historical-political significance, we will pay attention, with the limitations imposed by the possibilities of this article, to several key factors in the military domain, with the aim of reaching a better understanding of what it really happened. These aspects have received, in general, less attention in the historiography of Ayacucho. Therefore, we will make some remarks about logistics, strategy, tactics, information, propaganda, communications and resources available to both sides, both with regard to human and material means, as well as with regard to the circumstances of the context in which the events took place.

KEYWORDS: Ayacucho, Decisive battle. End and beginning. Border and bridge. The implementation of «the new» and the survival of «the traditional». Liberating saga. Logistics. Propaganda. Historiography about Ayacucho. «Realist» and «separatists» forces.

* * * * *

La simple descripción, más o menos prolija, erudita y acontecimental de lo ocurrido en el lugar de Ayacucho (rincón de muertos, en lengua quechua), una llanada semejante en forma a un cuadrilátero, a tres leguas al Este del pequeño pueblo de Quinoa (o Quinoa), en la jornada del 9 de diciembre de 1824, ha sido repetida en múltiples ocasiones, con más o menos diferencias, según los autores. Casi siempre desde la consideración de que se trató del hecho decisivo para la liberación de la América del Sur. Ya antes de que se produjese la batalla, los líderes del independentismo, los «patriotas», encomiaron, una y otra vez, el carácter trascendental de aquella jornada. Bolívar, antes y después; Sucre en los instantes previos a la lucha: «*De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur*», Córdova²,

² Carta del General José María Córdova enviada a su amigo Sinforoso García el 18-XII-1824. «*Mi querido amigo tenía escrito lo ocurrido hasta poco antes de la batalla. Casi todos los equipajes se perdieron robados por la canalla que había sublevado el enemigo y nada tengo ahora mío que la satisfacción del importantísimo triunfo del Ejército en Ayacucho ... Si usted supiera cuán importante ha sido esta batalla. ¡A qué tiempo nos la presentaron si se pasa un mes se pierde el Perú tal vez para siempre y Colombia se iba a encontrar envuelta en una nueva guerra y tardaría muchos años el reconocimiento de la independencia. El enemigo reunía en octubre todas sus fuerzas en el Cuzco y se hizo de 14.000 hombres, No creíamos que el enemigo se uniera hasta mayo de 1825. Pero avanzó y nosotros en la retirada (80 leguas) habíamos juntado más de 1.500 hombres*».

La Mar, ... y toda una serie de personajes protagonistas de la lucha repitieron mensajes similares

La misma o parecida percepción tenían y expresaron el virrey La Serna y sus generales; en su caso por la certeza de la imposibilidad de recibir, desde España, la ayuda necesaria para mantener la guerra. La derrota en el Perú sería el fin de la hegemonía española en la América del Sur, como venía advirtiendo La Serna desde 1818³. Tras la insurrección, en enero de 1820, del Ejército destinado a combatir en tierras americanas, (la Gran Expedición que nunca llegó), la situación se hizo prácticamente irreversible.

Tras quince años de lucha, en diferentes espacios de Hispanoamérica, la campaña de 1824, que sería decisiva en las guerras de independencia de las repúblicas suramericanas, estuvo jalonada por dos hitos militares: Junín, 6 de agosto, y Ayacucho, 9 de diciembre. Dos enfrentamientos distintos en muchas cosas pero, en cierta medida, complementarios. Y junto a ambas batallas un hecho determinante e inesperado, la insubordinación del general Pedro Antonio de Olañeta, por motivos ideológicos y personales. Esta insurrección obligó a dividir las fuerzas del ejército español y enviar al general Valdés, con su división, a tratar de someterle, cuando más necesaria hubiera sido su cooperación para el éxito de las armas del ejército realista frente a Bolívar⁴.

³ Oficio de La Serna a Pezuela de 20-IX-1818, en el que aseguraba que el Ejército del Alto Perú era el único de España en América del Sur y su pérdida supondría el fin del Virreinato.

⁴ Ver DBE-RAH. Pedro Antonio de Olañeta (Elgueta -Guipúzcoa- 16-XII-1770/Tumusla -Alto Perú- 2-IV-1825). Absolutista a ultranza, llegó a alcanzar el grado de Mariscal de Campo tras una dilatada y complicada carrera militar en tierras suramericanas. Participó en numerosísimas acciones, desde 1811 hasta 1825. Se destacó a las órdenes del virrey Pezuela, y siguió combatiendo bajo el mando de José de la Serna, que ostentó el cargo de virrey y Jefe de las fuerzas del Alto Perú, desde 1816. Se mostró contrario al complot de Aznapuquio, que derrocó al virrey Pezuela en 1821. En enero de 1824, al llegar la noticia del restablecimiento del neoabsolutismo de Fernando VII, proclamado por Real Decreto de 1 de octubre de 1823, se negó a obedecer a La Serna, protestando por su preterición en los nombramientos dados por La Serna, designando a Valdés Jefe del Ejército del Alto Perú, a los generales de Las Heras y Maroto, gobernador intendente de Potosí, el primero; y presidente de la Real Audiencia de Charcas, el segundo, que eran menos antiguos que él como Brigadieres. En enero de 1824 entró en tratos con Bolívar, que alabó su comportamiento, buscando dividir a las tropas del ejército de La Serna. Olañeta se proclamó el único defensor del altar y el trono, el 22 de enero de 1824. No acudió a Ayacucho y rechazó aceptar la capitulación. Murió, el 2 de abril de 1825, en la batalla de Tumusla, combatiendo contra una parte de sus subordinados, levantados contra él, a las órdenes del coronel Medinaceli. Fernando VII llegó a nombrarle virrey del Río de la Plata, el 22 de mayo de 1825, cuando Olañeta ya había muerto. Señal del tiempo y el espacio que mediaban entre la fecha de algún acontecimiento y su conocimiento en Madrid y la respuesta correspondiente.

Una perspectiva desde la atalaya del bicentenario

Las rememoraciones efeméricas, convertidas en ocasión de revisiones historiográficas, han sido objeto de estimaciones muy variadas por parte de los historiadores. No sería éste el lugar para reavivar, tan viejo debate, cada vez menos vivo, porque los detractores de la concentración de este tipo de esfuerzos, de investigación y edición de nuevas publicaciones, para mejorar el conocimiento de la historia, a través de los hitos del pasado, han perdido el fundamento de sus alegaciones para oponerse a ellas. Ciertamente esta clase de revisionismo conlleva el peligro de caer en anacronismos, por las múltiples diferencias entre las circunstancias en que se produjeron los acontecimientos y la actualidad. Pero, a la vez, permite constatar su verdadero significado en el largo camino del tiempo.

Resulta cada vez más evidente el balance positivo de estas actividades, que se focalizan en un punto, de gran relevancia en el devenir de los acontecimientos y, sobre todo, del significado y alcance de los mismos, más allá incluso de su dominio material. Ayacucho es un buen ejemplo. Las celebraciones de su primer centenario, del sesquicentenario y, ahora, del bicentenario confirman lo que acabamos de decir.

En el caso del Perú se pueden apreciar esos efectos positivos, para el mayor y mejor conocimiento de su historia, en la relectura de dos fechas capitales: 1821 y 1824. La rememoración del bicentenario del primero de estos años, con la declaración de independencia firmada por San Martín (*Gaceta* de 15 de julio y proclamación pública 28 de ese mes), como epicentro, daría pie, una vez más, a una bibliografía desigual en su planteamiento, objetivos y logros. En ella asoma, cuando menos, la ocasión de actualizar el «estado de la cuestión». La Universidad Nacional de San Marcos fue uno de los centros impulsores y gestor académico de tan importante esfuerzo, que acarrió también otro tipo de actos evocativos. Destacaría asimismo la labor del PCUP. Ahora nos encontraríamos ante otro bicentenario, el de 1824, con Ayacucho como símbolo de obligada reflexión.

En las páginas siguientes haremos una evaluación de la batalla y su significado en la realidad política, económica, social y cultural, principalmente en Perú.

La propaganda ante la campaña final

No hay ningún conflicto, en la historia de la humanidad, que no construya su propia motivación, y busque alcanzar el triunfo, a través de la propa-

ganda, entendida según el Diccionario de la RAE como la «acción y efecto de dar a conocer algo con el fin de atraer adeptos». Lo primero y fundamental, en ella, es resaltar la bondad de la causa propia y la perversidad de la propuesta contraria. Una serie de notas básicas, elementales, simples, en la forma y en el fondo, deben resultar decisivas para lograr el triunfo. La contienda entre «realistas» y «patriotas» en Hispanoamérica, a partir de tales supuestos, trató de articularse, en el plano ideológico, sobre una serie de diversos tipos de textos, con una retórica inflamada de ardor bélico. Proclamas, arengas, sermones, ...llamadas a la lucha, en toda clase de formas de comunicación que pasaron rápidamente del soporte oral al escrito.

Los mensajes trataban de ajustarse a los principios de cualquier propaganda, buscando la simplificación, la señalización del enemigo único, la repetición, el «contagio» que conduce de lo particular a lo general, ... y, por encima de todo, la eficacia. Un argumento maniqueo dibujando un mundo de luces y sombras, sin otra solución posible que la guerra.

La apropiación de los términos eufónicos, de mayor potencialidad emocional constituiría otro de sus valores más estimables. Las tropas del Ejército Unido Libertador serían los defensores de la «patria». Así pues sus soldados son los «patriotas». Los «realistas» son los enemigos de la patria, el bien supremo junto a la libertad, en aquel contexto, donde la nación y la república operan como antídoto del rey absoluto y de la monarquía. La historiografía liberal, con más tintes propagandísticos de los deseables, aplicaría esta «construcción» emocional hasta nuestros días, aunque su hegemonía entre los relatos trascendentales haya ido perdiendo eficacia.

La propaganda de la causa independentista, en el Perú, en 1824, produjo algunos documentos que contribuyeron, de modo decisivo, a la exaltación de la epopeya libertadora. La mitificación de la guerra como puerta a la liberación, que estaba a punto de lograrse; la exaltación de la figura de los protagonistas y sus hechos de armas, así parecían anunciarlo, sin atenerse a los límites de la objetividad histórica. Su relato entró más en el dominio de la épica legendaria. De este modo se escribieron aquellas batallas, sobre todo Ayacucho.

Los tres factores esenciales para el éxito o el fracaso de la propaganda remiten a tres elementos: el emisor, el medio y el receptor. El primero habría de atender a la psicología, al nivel de conocimiento, los intereses y emociones del último y utilizar el medio más adecuado para optimizar la comunicación. El emisor obedecía prácticamente a un mismo perfil. Un militar o un político, o ambas cosas a la vez, exponente de la autoridad, con capacidad para hacerse obedecer y cuyas virtudes se magnificaban hasta la mitificación.

El medio tampoco ofrecía demasiadas diferencias. Únicamente el lenguaje oral, alguna representación gráfica, sobre todo, dibujo o pintura, po-

dría llegar potencialmente a todos los destinatarios, al menos en teoría. Sólo una minoría ilustrada, dado el nivel de analfabetismo, tendría a su alcance la comprensión de los textos escritos. Por consiguiente la eficacia del discurso dependía, principalmente de la habilidad oratoria del emisor y a su dominio de las técnicas de comunicación⁵.

Durante el periodo que va del verano de 1824 al final de aquel año, se sucedieron múltiples alocuciones cuyo objetivo se encaminaba a suscitar la más profunda agitación de los sentimientos «patrióticos». Por citar algunos convendría recordar, como ejemplo, la proclama que Bolívar dirigió al Ejército Unido Libertador, en Rancas, unos días antes de la batalla de Junín: «¡Soldados! Vais a concretar la obra más grande que el Cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero, de la esclavitud /.../ ¡Soldados! ¡Soldados! El Perú y la América toda, aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¡La burlaréis? No, no. Vosotros sois invencibles».

Los hombres del Ejército Unido Libertador, al servicio de aquella causa, enardecidos por las palabras de Bolívar y confiados en su ídolo supremo, se creían héroes predestinados a las mayores gestas, por encima del tiempo y del espacio, elegidos para la gloria inmortal; enviados por Dios para lograr los mayores bienes. Eso sería, nada menos, que alcanzar la victoria de la libertad sobre la esclavitud. El enemigo no podía, conforme a tales postulados, ofrecer una alternativa mínimamente atractiva. Un mundo de buenos contra malos, que había luchado tantos años, estaba próximo a alcanzar la meta, dependía sólo de su esfuerzo y sacrificio.

Sin embargo, el análisis de esa propaganda nos muestra que sus efectos en Perú fueron muy dispares y bastante limitados en cuanto a los diversos espacios geográficos; al ámbito poblacional (rural o urbano) y más aún a los diferentes colectivos étnicos, en el contexto en que se produjo la «liberación».

Hubo otras fórmulas de propaganda, que aun basándose en la mentira, o al menos en la desfiguración, total o parcial de lo sucedido, buscaron influir en la moral, de propios y extraños, positiva o negativamente. En este apartado vaya como ejemplo la proclama del virrey La Serna, en noviembre de aquel año, tras adelantarse al ejército de Sucre, en la que anunciaba que quedaba abierto el camino de Lima, donde pronto llegarían 14.000 hombres en apoyo de la causa realista.

⁵ BARDIN, L., *Análisis de contenido*. Madrid, 1991.

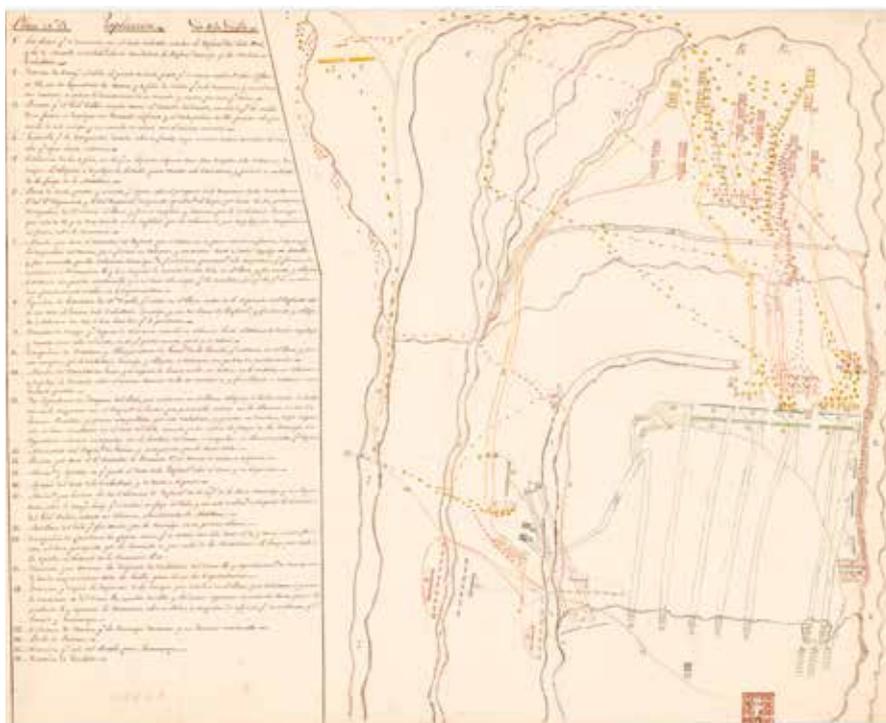
La zona del Alto Perú bajo el control de España, después de la declaración de Independencia promulgada por San Martín, en 1821, y el traslado de la capital virreinal al Cuzco, englobaba las provincias de La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí, Chuquisaca y Santa Cruz. En ellas la población mayoritaria, por encima de los 2/3 del total eran indígenas; los mestizos representaban en torno al 20 por 100; los blancos, apenas un 10 por 100; mulatos libres y esclavos y otras minorías completaban el total.

Si tenemos en cuenta que la cosmovisión de la población india, en su mayoría, era ajena al significado de conceptos como «patria», «nación», «libertad», ... etc., sobre los que articulaba el liberalismo y el nacionalismo defendido por la burguesía criolla; se puede comprender la indiferencia, o al menos el escaso efecto movilizador ejercido sobre los indios. Ayacucho como batalla no liberó más que una parte reducida del Perú. Lo mismo ocurría en relación a los conceptos y principios económicos y sociales. Así, a las alturas de diciembre de 1824, sólo podían sentirse libres aquellos que podían identificarse con las tesis de los «libertadores». Más que en la pampa de Quinua, en diciembre de 1824, el efecto liberador de las promesas de Bolívar, Sucre, ... y demás líderes del Ejército Unido Libertador se hizo carne positivamente, en las páginas de los libros de historia; en las escuelas peruanas. Sólo a partir de la segunda mitad de la década de 1840 empezó la expansión del único Perú digno de ese nombre, el que debía integrar a los indios y a otros grupos etnoculturales asentados en el territorio del país.

Perú empezó a ser Perú bastante después de Ayacucho, construido lentamente, como una necesidad de verdadera integración nacional y de superación de no pocas contradicciones. Un proceso que aún continúa como refuerzo del presente y desafío del futuro.

Bolívar desembarcó en El Callao, en septiembre de 1823, y entró en Lima. Las fuerzas «patriotas» sumaban allí unos 7.000 hombres (2/3 de ellos procedían de la Gran Colombia), y a ellas se sumaron algunos refuerzos. El 13 de noviembre salió de Lima. Y los meses siguientes se dedicó a organizar su ejército, aumentando el número de efectivos⁶. El medio para ello era la leva forzosa, decretada, por el Gobierno, y las órdenes del General en Jefe. Sus disposiciones debían ser cumplidas por los delegados y subdelegados provinciales, encargados de ejecutar la movilización. Una vez reclutados eran enviados al cuartel general del Jefe del Estado Mayor y destinados a los diferentes cuerpos militares.

⁶ Ver MILLER, J., *Memorias del general Miller*. Madrid, 2010. En estos días llegó a la antigua capital virreinal otra figura destacada en la guerra contra los españoles, el general George Miller que fue nombrado Jefe del Estado Mayor del Ejército Peruano.



Plano n° 3. Plano con las acciones de la batalla de Ayacucho, que tuvo lugar el día 9 de diciembre de 1824 (recurso en línea). Plano N 3. CDU: 912:3455.422(851.7)1824851.7

<https://bibliotecavirtual.defensa.gob.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=89373>

Los preparativos para la campaña de 1824 en el Ejército Unido Libertador

Este sistema de reclutamiento, impuesto con dureza en ambos bandos, acababa provocando la defección de muchos de los incorporados a filas, en cuanto tuvieran ocasión de hacerlo. La desertión constituyó una sangría para ambos ejércitos, pero resultó más grave en el bando realista. La situación llegó al extremo que, sobre todo por las noches, los oficiales hubieron de mantener a las tropas en un espacio perimetrado rigurosamente vigilado, no permitiendo la salida del mismo a ningún hombre.

El reclutamiento forzoso, la falta de estímulos, entre la población indígena, para intervenir en una guerra cuyos factores espirituales, económicos

y materiales no tendían a su movilización voluntaria, la dureza de las campañas y las secuelas dramáticas de la lucha: muertes, heridas, enfermedades, graves carencias alimentarias, sanitarias, ... etc. invitaban a los soldados al abandono de sus unidades militares y a la vuelta a la vida civil en cuanto se presentaba la ocasión. La mayor parte escapaban para regresar a sus casas, por eso les resultaba más fácil, cuando conocían mejor el territorio y esperaban contar con la protección de los suyos. Una situación diferente para tratar de huir, se producía cuando los soldados habían sido incorporados como prisioneros y procuraban pasarse a sus antiguas unidades.

A su ingreso en las unidades recibían los correspondientes uniformes, de color azul para las tropas provenientes de tierras argentinas; de Chile (en la mayoría de los casos) y Perú, cuello y vueltas encarnadas, carmesí o verdes, con vivo blanco, o sin él y en algunos cuerpos con barras encarnadas o blancas. Estaban confeccionados con géneros de baja calidad, comprados en Europa y en ciertos casos se hacían en el Perú, con tejidos suministrados por especuladores, siempre de mala clase. Los complementos como corbatines o botones apenas se usaban. Cada unidad y sus respectivos oficiales, jefes y generales llevarían sus correspondientes divisas y distinciones.

En cuanto al calzado, los soldados no usaban zapatos, normalmente, en toda la campaña. Los suplían por ojotas o abarcas y llevaban los pies desnudos hasta por encima de los tobillos. El cuero, relativamente abundante, permitía habilitar esta clase de calzado; cada hombre se hacía el suyo. Las marchas resultaban muy exigentes. Aquellos que disponían de capote, botas o botines, ... etc. sufrían penalidades no menores, pues al cabo de andar durante varias horas, al hacer alto para descansar, no podían descalzarse puesto que, debido a la hinchazón de los pies, era imposible volver a calzarse, incluso durante varios días.

El armamento y demás partes del equipo de las tropas eran de manufactura inglesa, por lo general. Más o menos uniformados y con mejor o peor aspecto, según la disciplina, mayor en las grandes unidades, peor en los pequeños destacamentos, deberían cumplir con sus obligaciones. Los chilenos eran considerados como los mejores soldados, entre los nacidos en América.

Una de las mayores preocupaciones de Bolívar para la campaña de 1824, fue la atención al establecimiento de depósitos de municiones, piezas de fusil y, sobre todo, de alimentos, como el arroz, y otros productos, tabaco, sal, coca, ... para su utilización cuando fuese necesario. Trató de conseguir además el número suficiente de mulas con las que reemplazar a las que se perdían, por diversas causas. El desplazamiento de las tropas de Pasco a Cajamarca, casi 200 leguas, a través de uno de los territorios más montañosos del mundo, puso a prueba la disciplina y la capacidad de aquellos hombres,

para superar las grandes dificultades que debían vencer, sobre todo, las jornadas agotadoras de marcha, en medio de fatigas y privaciones. Una especie de ensayo general para las posteriores etapas camino de Ayacucho.

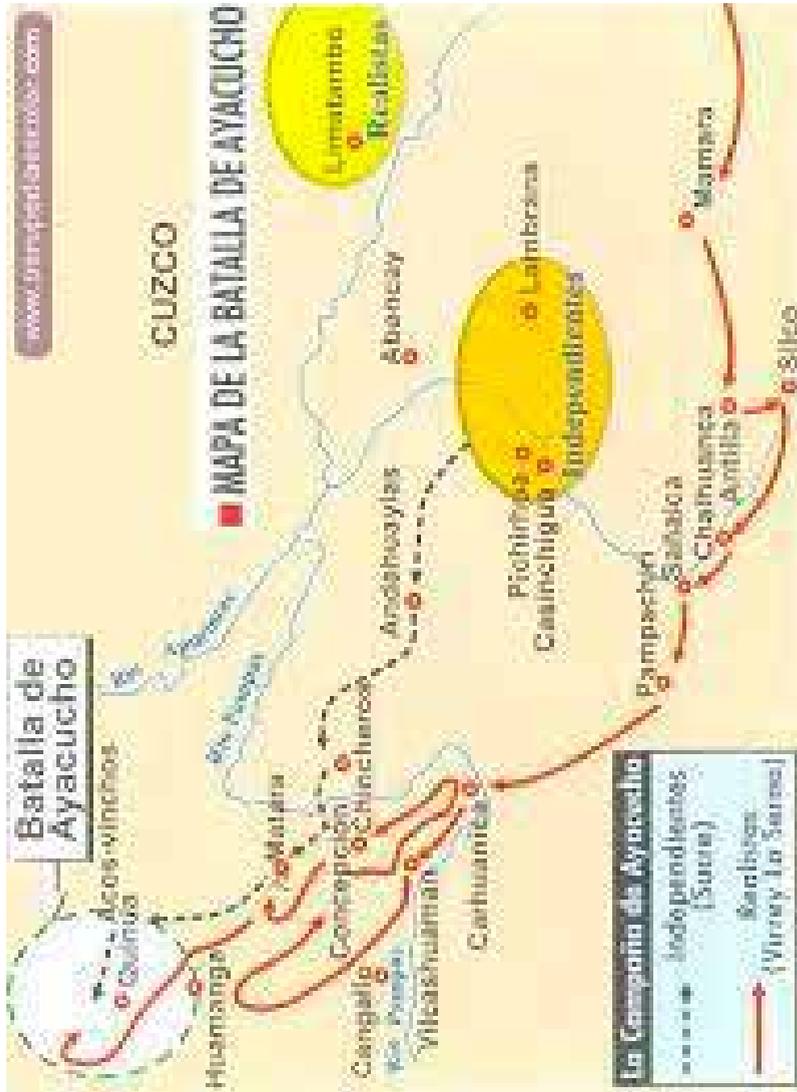
Finalmente, el «Libertador» no olvidó otro asunto de gran importancia para mantener la obediencia y la moral de sus tropas. Ordenó que el pagador o habilitado, de cada regimiento, abonase sus haberes a los soldados, regularmente, en presencia del general de la División. Un total de 10 duros al mes a cada hombre, 4 de retención para la comida, 2 para vestuario y el resto, 1 duro por semana. La escala de sueldos oscilaba desde los ya mencionados para el soldado, hasta los 666 duros mensuales para el Gran Mariscal⁷. Los oficiales recibían 1/4 de sus haberes en mano.

En las compañías de preferencia y en artillería y caballería, las cantidades a percibir eran un poco mayores. En Buenos Aires o Chile los sueldos eran más reducidos que en Perú, donde la vida venía siendo más cara. Sin embargo lo más significativo sería que nunca, antes de 1824, recibió la tropa su haber, con regularidad. Los pequeños socorros que, de cuando en cuando obtuvieron, dependían más del carácter personal del jefe del cuerpo, que de cualquier otro principio. Las pocas veces en que esto sucedió fue por las especiales circunstancias de algunos momentos, o el miedo a la traición.

El 19 de mayo de ese año se entrevistaron Bolívar y Miller, en Huaraz, y este último, fue nombrado, al día siguiente, Comandante General de la caballería del Perú. El ejército «libertador» contaba entonces con unos 10.000 hombres, en torno a la citada población (en Cajamarca, Cajatambo, ... y otros lugares). Miller recibió la orden de tomar bajo su mando unos 1.500 montoneros, combatientes irregulares que luchaban, con especial crueldad, contra los realistas. El 19 de junio se puso en marcha, para atravesar los Andes y reunir a aquellos guerrilleros, que actuaban en grupos de 50 a 100 hombres. Pronto empezó a hostigar a las tropas españolas en la zona de Pasco y, como le sucediera en tantas ocasiones, estuvo a punto de caer en manos de los soldados realistas.

Bolívar avanzó hacia Pasco en julio de 1824. Disponía de un ejército bien vestido, equipado y armado, compuesto de 3 Divisiones (2 colombianas al mando de Lara y Córdova y 1 peruana al mando de La Mar). A ellas se sumaba la caballería del Perú (a las órdenes de Miller), la de Colombia (coronel Carvajal); y los Granaderos a caballo de Buenos Aires (coronel Ruíz). Toda la caballería bajo el mando superior del general Necochea.

⁷ Pagas mensuales. Personal de Infantería. general de División: 500 duros; general de Brigada: 333; Coronel: 240; Teniente Coronel: 160; Mayor: 110; capitán: 75; primer teniente: 50; ayudante: 60; abanderado: 40; capellán: 30; segundo teniente: 45; subteniente: 40; sargento 1º: 18; sargento 2º: 15; cirujano, 75; tambor mayor: 22.



MEMORA 24 BATALLA DE AYACUCHO BLOGSPOT.COM
Mapa de la batalla de ayacucho

Junín antesala de Ayacucho

El 6 de agosto de 1824, el Ejército Unido Libertador (colombianos, peruanos, argentinos y de otras procedencias) venció a las fuerzas del general Canterac que, en un primer momento, había logrado dispersarlos, pero la reacción de los escuadrones colombianos y el Primero de húsares peruano, permitió remontar la situación, provocando la huida de la caballería realista. Las dimensiones humanas de aquella batalla en cuanto al número de víctimas fueron bastante limitadas. La cifra de pérdidas «realistas» se aproximaba a los 250 muertos y 60 prisioneros; otras fuentes elevan estos datos a 254 muertos y 80 heridos. Los independentistas, según Miller⁸, tuvieron bastantes menos, alrededor de 150, (en concreto 45 muertos y 99 heridos). Sin embargo, lo ocurrido en Junín produjo otras repercusiones más sensibles en la moral de las tropas⁹. La retirada de Canterac acarrió una pérdida importante del prestigio de la caballería española; la dispersión de sus fuerzas y la desertión de buena parte de ellas¹⁰. Según el general Santa Cruz se pasaron a las filas de los independentistas 100 oficiales y 575 soldados. Otros 3.000 quedaron rezagados, heridos, cansados y derrotados. A ello se sumaría el gran quebranto sufrido en su material de guerra: armamento, municiones y otros medios imprescindibles para conservar un ejército operativo¹¹.

Bolívar aprovechó la derrota de Canterac para avituallar a sus tropas y mejorar las posiciones de sus unidades. La explotación del éxito pudo haber sido mucho mayor, con lo que, al final, la derrota resultó menos decisiva de lo temido por los españoles. En su intento de reorganización y recuperación, las huestes independentistas acamparon en Los Molinos, cerca de Paucará. Una semana después se hallaban en Huamanga, el 27 cruzaban el río Pampas y el 28 se encontraban en los altos de Chincheros, posición que

⁸ MILLER, J., Ob, cit., pp. 142-143.

⁹ Ver OLMEDO, J.J., «La victoria de Junín. Canto a Bolívar», en *Obras poéticas*. Valparaíso, 1848. Un aparatoso romance a la batalla que comienza «El trueno horrendo que en su fragor revienta ...». J. L. Borges recordó al coronel Suárez, vencedor en Junín. Una referencia a «la batalla eterna» en la lauda del coronel Manuel Isidoro Suárez uno de los jefes destacados en la batalla, en el bando independentista que fue su bisabuelo, del cual diría «La audacia fue costumbre de su espada». Borges tuvo otro antepasado, Francisco Borges, que se batió en el bando realista en otro episodio de la Guerra de la Independencia, en este caso.

¹⁰ Asuntos Militares. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima (1921-1973). *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Tomo V. 9 vols. Cit. por MORENO DE ARTEAGA, I., *José de La Serna. Último virrey*. Astorga, 2010, p. 397.

¹¹ *Ibid.* En este apartado las pérdidas se cifraban en 600 fusiles de todos los calibres; 58.990 balas; 26 pistolas de pólvora; 326 mulas; 423 cabezas de ganado mayor; y 2.124 de ganado menor.

ofrecía cierta seguridad. Allí permanecieron dos semanas, para establecerse seguidamente en la margen izquierda del río Apurímac.

«El Libertador» prefirió atender entonces a otros objetivos. El triunfo en Junín le permitía regresar a Colombia, donde la situación política empezaba a resultar preocupante. El 7 de octubre cedió el mando de su ejército a Sucre, con las instrucciones de acampar en lugares «seguros», como Abancay y Andahuaylas, y la recomendación de evitar una batalla general, siempre que le fuera posible. Confiaba en que el virrey no conseguiría reorganizar su ejército antes de la primavera de 1825. A esas alturas esperaba haber recibido refuerzos de Colombia, y dinero de Londres, para afrontar el último desafío.

La reagrupación del ejército realista

En menos tiempo del esperado por sus adversarios, La Serna rehízo sus fuerzas, después de la derrota de Junín. Recogió los restos del ejército realista, con la llegada de Canterac al Cuzco, y la incorporación de la división de Jerónimo Valdés, que regresaba de haber intentado someter a Olañeta, desplazándose más de 1.000 km¹². El virrey además reclutó cuantos hombres pudo, rearmó a las tropas que iba reuniendo y atendió a las necesidades logísticas, con el mayor esfuerzo y eficacia posibles; tratando por todos los medios de mejorar la movilidad de sus tropas.

Redujo el número de mulas de carga a las estrictamente necesarias para el parque y las municiones de infantería y artillería y, en general hizo cuanto pudo para aligerar la impedimenta. Dispuso la utilización del vestuario de parada, cuando fuese necesario en beneficio del soldado, con el fin de obtener el mayor rendimiento del material disponible. El 6 de octubre de 1824, el ejército realista estaba en condiciones de iniciar la ofensiva; antes

¹² Ver DBE-RAH. Jerónimo Valdés Sierra (Villarín de Asturias, Somiedo, 1784/Oviedo, 1855). Obtuvo los títulos nobiliarios de vizconde de Torata y conde de Villarín. Tras combatir en la Guerra de la Independencia, fue destinado voluntario a América, en enero de 1816, junto con José de la Serna, incorporándose al Ejército del Alto Perú. Participó en el motín de Aznapuquio (21-I-1821), en que se destituyó a Joaquín de la Pezuela como virrey de Perú. Combatió en unas acciones en tierras peruanas, ascendiendo a brigadier en 1822. Miller le consideraba el alma del ejército español. Finalmente fue derrotado en la batalla de Ayacucho. Regresó a España en 1825. Continúo con su carrera militar y destacó en la primera guerra carlista, formando en el bando isabelino, en el que le fue confiado el mando del Ejército del Norte hasta 1834. Fue Capitán General de Valencia (1834), de Galicia (1838) y de Cataluña y ministro de la Guerra. Durante la regencia de Espartero, fue nombrado Capitán General de Cuba desde 1841 a 1843.

de que Bolívar recibiera los esperados refuerzos humanos de Colombia y financieros de Londres.

La situación empezaba a cambiar. Bien podríamos afirmar que, a partir de Junín, el ejército español se organizó mejor, mantuvo la iniciativa con sus movimientos, para cortar las líneas de comunicación de los independentistas, y tratar de batir al ejército patriota en cuanto se planteara la ocasión. En síntesis, reaccionó más pronto y mejor que sus enemigos. Fue la primera sorpresa que La Serna causó al Ejército Unificado de Liberación, cuyo comandante en Jefe, hasta entonces calculaba que no estaría preparado para emprender la ofensiva hasta varios meses después.

El Ejército realista salió de Cuzco, de la mano del virrey La Serna, el 2 de octubre de 1824, después de la recomposición efectuada. No es fácil precisar el número de efectivos bajo su mando. Según el general Valdés¹³, el total de la fuerza realista en el Perú era de 18.000 hombres, algunos de ellos de guarnición en distintos puntos, para cubrir un territorio que incluiría la superficie de Perú, Bolivia y parte de Chile. La masa de maniobra rondaría, en esos días, los 10.000 combatientes.

Los ejércitos de Sucre y La Serna hacia la batalla final

Cuando Bolívar dejó el mando a Sucre le recomendó prudencia, y tino sumo en las operaciones, para no arriesgar la acción decisiva, dejándola a la suerte, sin absoluta seguridad de triunfo. Este último conforme a tales recomendaciones, y a su propia idea, desistió de marchar a Cuzco, y se retiró sobre la orilla izquierda del Apurímac; aunque los realistas habían atravesado el Santo Tomás y parecían dejarle abierto el camino a Cuzco. Sucre no cayó en la trampa, dispuesta por La Serna, para encerrarle entre dos fuegos. Avisado por Bolívar se desplazó hacia Huamanga, la misma dirección que llevaban las tropas españolas. Durante los días siguientes ambos ejércitos marcharon paralelamente, y a la vista, aunque a distancia de unos doce kilómetros uno del otro.

Los patriotas se retiraban y La Serna repetía la guerra de movimientos, que tanto éxito le había dado en la campaña de Intermedios. El propio Sucre lo reconocía diciendo: «Este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el

¹³ VALDÉS, J.: «Exposición dirigida a Fernando VII». Vitoria 12-VII-1827, en *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*. Madrid, 1894-1898.

corazón»¹⁴. Desde entonces y durante prácticamente dos meses (8 de octubre a 8 de diciembre) los ejércitos contendientes continuaron marchando en paralelo; a distancias más o menos cortas, a veces mínimas. En ocasiones pasando de situarse delante del enemigo a hacerlo a su espalda.

Este arriesgado ejercicio provocó más de una situación comprometida para el ejército «independentista», por ejemplo en Quiñota, en Mamara¹⁵ y en muchos otros lugares, donde las fuerzas del virrey sorprendieron al general Miller y a punto estuvieron de capturarlo. Logró escapar, con grandes apuros y hubo de abandonar parte de los enseres que llevaba, entre ellos el equipaje de Sucre, que inmediatamente se repartió entre la tropa realista. Así el uniforme del general jefe del Ejército Unido Libertador «... le fue entregado al Tambor Mayor del Regimiento de Gerona ...» como gesto de desprecio¹⁶.

La indicación de Bolívar aconsejando cautela fue perdiendo fuerza, a medida que iban transcurriendo los días, dado el desgaste que tales movimientos provocaban y que la práctica desaconsejaba. Ante el temor a ser desbandados, sin beneficios, se fue imponiendo en el campo «patriota» la idea de presentar batalla total al enemigo. En Aco Vinchos intentaron atraer a los españoles al combate. Sin embargo, el ejército «realista» siguió empleado en continuas acciones de desgaste, marchas y contramarchas, a veces de más de 70 km en un solo día, para agotar al enemigo y, si fuera posible, sorprenderle en algún error.

La mayor parte de estas marchas se hacían en paralelo, a la vista del enemigo, apartados en línea recta por escasa distancia que, sin embargo, resultaba imposible de superar por estar separados por profundos barrancos, de 4 ó 5 leguas de descenso y otras tantas de ascenso. En tales condiciones no era fácil plantear una batalla general. Había que buscar algún error del adversario, aprovechando uno de los momentos en que lo accidentado del terreno pudiera dejar fuera del campo de visión a las tropas enemigas, y la ruta a seguir, tendiera a aproximar posiciones, al estrechase el camino entre ambos ejércitos.

La ocasión buscada por La Serna se produjo, al fin, en la quebrada de Corpahuaico, cuando Sucre intentó ocupar las pampas de Matará, para avituallarse, el 3 de diciembre de 1824. Las tropas de Valdés atacaron por sor-

¹⁴ PAZ SOLDÁN, M.F., «Parte de Sucre», 11-XII-1824, en *Historia del Perú independiente (Selección)*. Bicentenario del Perú. Lima, 2022. Tomo I, p. 279.

¹⁵ En la región del Apurímac, diócesis de Abancay, en la archidiócesis de Cuzco.

¹⁶ Ver GARCÍA CAMBA, A., *Apuntes para la historia de la revolución del Perú, sacado de los trabajos del Estado Mayor del Ejército de operaciones*. Lima, 1824; y sus *Memoorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. Madrid, 1846.

presa a la división mandada por el general Jacinto Lara, que figuraba en la retaguardia del dispositivo enemigo. El ejército «patriota» corrió el peligro de quedar partido en dos, con su general en Jefe y las divisiones de Córdova y La Mar, a un lado de la quebrada y las fuerzas de Miller y Lara al otro.

En Corpahuaico combatieron el batallón de Cantabria y el de Burgos, a las órdenes del general Valdés, contra el Batallón de Rifles y el batallón Vargas. Los independentistas sufrieron alrededor de 700 bajas, de las cuales unos 300 muertos, casi 200 del mencionado batallón de Rifles, entre ellos el mayor Thomas Duchbury; 200 heridos y otros tantos desaparecidos y prisioneros. Además, perdieron muchas de las mulas de la caballería, casi la totalidad de la artillería de Sucre, que quedó reducida a una sola pieza, y además abundante material de guerra de diverso tipo y hasta los equipos personales de un buen número de jefes y oficiales. En aquella jornada se distinguió el coronel Tur que fue ascendido a brigadier en el mismo campo de batalla¹⁷.

La llegada de la noche y la actuación del general Miller evitaron el desastre completo que, según estimación de todos, pudo haber acabado con el Ejército Unido Libertador. El grueso del Ejército realista, a las órdenes de La Serna, no pudo o no supo explotar el éxito inmediatamente y acabar con Sucre, que logró retirarse a Tambo Cangallo. Aun así la moral de las tropas españolas se elevó sensiblemente, mientras las independentistas no llegaron a Ayacucho ni especialmente frescas, ni con la confianza de conseguir una victoria segura.

El camino de Ayacucho

La campaña de 1824 fue extremadamente dura para las tropas de ambos ejércitos combatientes. A la sangría causada por las numerosas escaramuzas, combates y batallas, como las de Junín, Corpahuaico y Ayacucho, habría que añadirle la enorme exigencia de las condiciones del terreno y del clima, las continuas marchas y contramarchas y la escasez de recursos. Las dificultades se concentraron principalmente en la ruta confusa y repetida de Limatambo a Ayacucho, con los desplazamientos de miles de hombres y animales, portando el armamento y los enseres para combatir.

¹⁷ Ver DBE-RAH. Antonio Tur y Beruete (o Berrueta). (Valencia, c. 1790). Combatió en la Guerra de la Independencia y después fue enviado a Perú, como oficial del Regimiento de Cantabria. En 1821, tras el motín de Aznapuquio, fue nombrado comandante, ascendiendo a coronel en la primera de ella y a brigadier en la segunda. Tomó parte en la batalla de Ayacucho y tras la derrota retornó a España. En 1833 ocupaba el cargo de general de la primera brigada de voluntarios realistas de Andalucía.

ropa adecuada para transitar por los Andes; la carencia de alimentos... Un infierno que parecía interminable, pues los más de 500 km en línea recta entre el Cuzco y la pampa de Quinua se multiplicaron por los cambios de sentido en los desplazamientos y los avances y retrocesos repetidos.

Mantenimiento sobre el terreno

Napoleón había advertido que un ejército sometido a estas condiciones debía soportar toda clase de penurias. Sí el país era demasiado pequeño los soldados se lo comían y sí era demasiado extenso, entonces el país se comía al ejército. Está claro que el Perú devoraba fácilmente a cualquier contingente militar que debiera aprovisionarse, por sus propios medios. Más aún cuando en el territorio ocupado se movían dos ejércitos enemigos. Muchos poblados indígenas fueron ocupados y esquilados unas veces por las tropas «patrióticas» y otras por las españolas. La gente perdía sus ganados mayores, como algunas vacas, bueyes y caballos, mulas, asnos, etc.; y también los menores: ovejas, cabras y aves. Otras veces eran, además, el maíz, la alfalfa y otros productos; el primero para el consumo de los hombres, y los demás para mantener a los caballos, los mulos y toda clase de animales que los ejércitos llevaban consigo.

Los soldados procuraban también obtener información sobre el enemigo, ofrecida muchas veces por los simpatizantes de cada causa y otra conseguida por medios coercitivos. Los curas se habían convertido, en bastantes casos, en los mejores espías. Canterac y Bedoya, entre otros generales realistas, descubrieron varios de estos clérigos, informadores, del bando «patriota».

Las unidades de guarnición o acantonamiento se abastecían por sí mismas, a cargo de sus jefes, para lo cual se retenía a los soldados hasta 4 duros al mes por cada uno, como ya dijimos. Normalmente era una cantidad suficiente, incluso con algún sobrante que se ingresaba en la Caja del Regimiento. El habilitado, junto con el coronel, eran responsables de cualquier fraude o mala administración de los fondos. El rancho se componía de arroz, legumbres, grasa con carne fresca, o sin ella, y charqui (especie de cecina); cocido, todo en una gran olla común. Esto se comía sobre todo en Lima y puntos de la costa; dos veces al día, una como a las 11 de la mañana y otra a la puesta del sol. Las cosas se complicaban cuando las tropas se encontraban en campaña.

A medida que ésta se alargaba, el avituallamiento iba haciéndose más difícil. La comida estaba reducida a muy pocos productos y las cantidades también resultaban escasas. Cada jornada se repartía la comida a la tropa. El alimento base era la carne, principalmente de vacuno, cuando se podía.

La ración variaba en función de lo disponible. Los abusos en los repartos de la ración estaban a la orden del día. Cuando había ganado en abundancia se asignaba un novillo por cada 100 hombres, al día; pero cuando escaseaba, que venía siendo lo normal, se repartía entre 200 hombres. La carne se consumía asada o mejor dicho a la brasa, sin sal muchas veces. A eso se unía algo de maíz tostado en recipientes de barro.

Al principio se mataron más animales de los necesarios y hubo derroche de comida, pero la mayor parte del tiempo, en el camino hacia la batalla final, la escasez se convirtió en normal. Por otra parte no resultaba fácil hacer grandes provisiones, en una guerra de movimientos, en la que cada ejército se veía supeditado a las disposiciones del otro, alternativamente. Los soldados hubieron de consumir carne de diversos animales: ovejas, cabras, ... y hasta ganado mular y asnal. Incluso carne de llama, especialmente dura e insípida. La higiene era un factor muy importante para evitar intoxicaciones, más o menos graves, y la vigilancia estaba a cargo del jefe correspondiente.

También la alimentación y mantenimiento de los animales, caballos y mulas, especialmente en caballería, demandaban un enorme trabajo suplementario. En algunas zonas su microclima y la calidad del terreno producían abundante hierba, alfalfa y otras plantas, para que los animales pudieran comer; en otras, secas y áridas, apenas podía encontrarse con qué mantener los animales imprescindibles. Estas circunstancias obligaban a seguir determinadas rutas.

Necesario y tan difícil de conseguir como el alimento y otros pertrechos era el alojamiento, que tan sólo estaba al alcance de jefes y oficiales, en los lugares poblados. La tropa sufría las inclemencias de la lluvia, el frío (con temperaturas por debajo de 0 grados muchas noches) o el calor (más de 30 grados en las horas centrales del día).

A pesar de las provisiones de Bolívar, el mantenimiento del Ejército libertador fue un desafío particularmente grave para Sucre, desde su toma de mando hasta la victoria sobre La Serna; aunque tampoco resultó fácil para el virrey. Una aproximación a este asunto, decisivo, nos ayudará a comprender mejor lo que ocurrió. El 29 de octubre el jefe de las fuerzas «patriotas» ordenaba al coronel Gaspar Monterola, comandante militar y Prefecto del departamento de Huamanga, la entrega de 4.000 reses. Por entonces advertía también de la necesidad de vestuario y calzado (10.000 camisas y 6.000 pares de zapatos) además de otras prendas (2.000 mantas, 1.000 fornituras y 600 morrales).

Las necesidades de abastecimiento obligaron a Sucre, a primeros de diciembre, a efectuar una arriesgada marcha para llegar a Tambo Cangallo, con las fuerzas del general Valdés, y el resto del ejército realista a corta distancia. El 1 de diciembre Sucre, acampaba en la pampa de Matará y el 2

se mostró dispuesto a la batalla con el ejército español. La Serna no aceptó y los «patriotas» se vieron obligados a retirarse, marchando por la quebrada de Corpahuaico, a una legua de dicha pampa. Como ya dijimos, las divisiones de Córdova y La Mar cruzaron la aludida quebrada sin contratiempos, pero Valdés atacó a la retaguardia del ejército patriota, donde formaban los batallones Vencedor, Vargas y el de Rifles de Colombia, de la división Lara. El ataque de los realistas derrotó y dispersó al batallón de Rifles al que causó la muerte de unos 200 de sus hombres¹⁸ y la pérdida de buena parte de las mulas y caballos de repuesto. Provocó también la desbandada del de Vargas. La derrota no fue mayor gracias, según vimos, a la acción del general Miller, que logró frenar el ataque «realista».

El hambre amenaza creciente

El problema de aprovisionamiento de víveres se fue agravando con el paso de los días, para los dos ejércitos, pero de forma más acusada en el de los independentistas. No es cierto, como escribieron algunos historiadores, que las privaciones sufridas por el Ejército español fueran mayores que las de las tropas «patriotas». Son múltiples los testimonios desde los dos bandos, sobre el estado calamitoso a que habían llegado los soldados de Sucre. *«La situación de los enemigos era verdaderamente crítica en vísperas de Ayacucho -escribió García Camba-. A su inferior movilidad se sumaba la proximidad amenazante del Ejército real, se hallaban imposibilitados para continuar la retirada sin correr con todos los riesgos de una disolución y tampoco podían permanecer inactivos, porque no contaban más que con unas setenta reses vacunas para su mantenimiento...»*¹⁹. El agotamiento pesaba en las piernas, y en el ánimo de las tropas de ambos ejércitos, que deseaban a una batalla decisiva para acabar con aquel infierno.

Los héroes de Ayacucho de los dos bandos en sus memorias, y muchos de los historiadores que han escrito sobre la culminación de la campaña de 1824, insisten en resaltar la desesperada situación a que habían llegado las tropas de Sucre, por falta de alimentos. *«El ejército patriota se hallaba desprovisto absolutamente de víveres en vísperas de la batalla...»* escribía

¹⁸ Ver MILLER, J., Ob. cit. El batallón de Rifles de Colombia estuvo compuesto, en principio, por ingleses que se distinguieron en la guerra en tierras colombianas. Las sucesivas compañías hicieron desaparecer a casi todos los integrantes de aquella unidad, que se rehízo con 1.200 soldados indígenas, que sólo hablaban en su lengua nativa.

¹⁹ Ver GARCÍA CAMBA, A., *Apuntes para la historia ...* Ob. cit.

Cortegana²⁰. Una y otra vez criticó con dureza el comportamiento de los indios, que «no aportaron reses ni ganado alguno para satisfacer el hambre urgente de las tropas libertadoras...» Se quejaba con amargura de su absoluta falta de sentido patriótico.

También los realistas sufrían carencias en su avituallamiento y, como no, de dinero, en las cajas de sus regimientos. El 5 de diciembre, el general Carratalá al frente de casi 200 hombres, de todas las armas, fue enviado a Huamanga intentando obtener vituallas y numerario para mantener al ejército realista. No logró conseguir su objetivo salvo en una pequeña medida. Tal vez esto pesó también en la decisión de La Serna de librar la batalla final.

Se pueden entender las dificultades de aprovisionarse, sobre el terreno, de una masa de alrededor de 14.000 hombres, que por entonces tenían ambos ejércitos, conforme a las estimaciones más fiables y un gran número de mulas y caballos utilizados en el desempeño de diversas tareas, al servicio de las necesidades militares, en un espacio productivo relativamente reducido. Explotando a unas gentes que se veían sometidas a la permanente extorsión, por parte de unos y otros. Los dos bandos contaban con la simpatía de una parte de la población y el temor y rechazo de otra mucho mayor.

Los indios, por lo común, se mostraban más favorables a la causa realista, y eso en zonas donde eran el componente étnico muy superior en número, hacia menos insoportable la situación de las tropas del virrey. Al hambre se sumaban la fatiga extrema y las enfermedades carenciales, que causaron grandes pérdidas. La cifra de enfermos y desertores se fue incrementando de manera llamativa. Más aún los indios insurreccionados abiertamente contra los «patriotas», allí donde podían, acabaron con la vida de muchos de estos soldados. Solo en las dos últimas semanas previas a Ayacucho, el ejército patriota había perdido varios cientos de efectivos.

Los hombres

Los ejércitos enfrentados en Ayacucho integraban soldados que habían participado en múltiples combates, a lo largo de las guerras sostenidas durante casi tres lustros en tierras suramericanas. Unas tropas encuadradas y mandadas por oficiales, jefes y generales, muchos de los cuales, españoles o extranjeros, como señalaba el general Miller en sus Memorias²¹, habían iniciado sus carreras militares en las guerras napoleónicas combatiendo en toda Europa, desde los confines de la Península Ibérica hasta Moscú.

²⁰ Ver CORTEGANA, J.B., *Historia de las batallas de Junín y Ayacucho*. Lima, 1974.

²¹ MILLER, J., Ob. cit.

Matizando esta estimación nos encontraríamos con que las fuerzas del bando independentista en el Perú estaban comprendidas, en su mayoría, por soldados colombianos (a veces denominados neogranadinos), venezolanos, peruanos, argentinos, ecuatorianos y mercenarios europeos. Al frente de ese Ejército Unido Libertador figuraron Bolívar (venezolano, Jefe Supremo), que estuvo en Junín, pero no se halló presente en Ayacucho; Antonio José de Sucre (venezolano, general en Jefe de las fuerzas «patriotas» que combatieron a La Serna el 9-XII-1824); Jacinto Lara (venezolano, que mandaba la División de Reserva del Ejército Unido Libertador, en la jornada de Ayacucho); José M^a Córdova –o Córdoba²²– (colombiano, al frente del ala derecha del Ejército Unido Libertador); Manuel La Mar (quiteño, al servicio de Fernando VII hasta 1821); que mandó la Legión Peruana en el ala izquierda; y el inglés G. Miller, al frente de la caballería.

En el ejército realista, los generales, jefes y oficiales eran casi todos españoles pero los soldados, mayoritariamente indios y mestizos, eran oriundos del Perú. Así pues se daba esta doble paradoja. El ejército realista era por su composición más español y más peruano que el Ejército Unido Libertador. Sin embargo esto no determinaría de forma decisiva la capacidad de los ejércitos enfrentados. Los soldados de La Serna tenían la ventaja del mayor conocimiento del terreno y de su mejor adaptación general al medio (relieve, clima, ... etc.); pero eso no suponía una superior moral de combate, al menos desde el inicio de la marcha, tras Junín, hasta las proximidades de Ayacucho, pues para entonces la situación había cambiado.

La afirmación de Miller sobre la experiencia militar de los mandos de ambos ejércitos, podía darse por cierta. Sin embargo, sólo dos de los generales del Ejército Unido Libertador, con mando directo en Ayacucho, habían tomado parte en la Guerra de la Independencia contra las huestes de Napoleón o en otros escenarios europeos o africanos. El general Manuel La Mar y el general Miller que fueron junto a Córdova de los que se declararon más favorables a dar la batalla general contra el Ejército realista. Sobre todo, cuando Sucre siguió dudando, hasta pocos días antes del enfrentamiento. Recordemos que el 7 de diciembre de 1824 llegó a manos del jefe del Ejército Unido Libertador, la nota en la que Bolívar le autorizaba a desobedecer las instrucciones que le había dado en octubre anterior, y le exoneraba de la responsabilidad de arriesgarse a una acción total.

²² Aunque se han hecho diferentes exposiciones en defensa de la «b» o de la «v», por motivos personales, políticos, ... etc., lo cierto es que la ortografía de la «b» o la «v» se fijaría después de 1824. Todavía en la década de 1840 se empleaban alternativamente una u otra. Eso ocurría por ejemplo con Segobia o Segovia. En unos casos acabó empleándose la «b» y, en otros, la «v».

No caeremos en la tentación de interpretar los resultados de una situación histórica, a la luz de alguna referencia biológica decisiva, supuestamente psicossomática; ni pícnicos, ni asténicos, ni la hipotética ventaja o desventaja a favor de la juventud o cualquier otra etapa vital. Aunque cabría considerar un rasgo, tal vez destacable, la edad de los generales de los ejércitos combatientes, el 9 de diciembre de 1824. En el realista, su general en jefe, don José de La Serna tenía 54 años y era el mayor de todos. Le seguían, dentro de lo que podríamos llamar su misma generación, los generales Manuel La Mar, 49 años; y Jacinto Lara, 47, en el bando independentista. En las filas realistas algunos superaban o acababan de cumplir los cuarenta: Monet, 43; Maroto, 41; Valdés y Villalobos, ambos 40. En una generación más joven (tomando el módulo de quince años, aplicado por los alemanes para este tipo de clasificaciones) estaba Canterac, con 37 años, a quien correspondió la máxima responsabilidad táctica de la batalla, en las filas españolas, como jefe de Estado Mayor.

Pero la diferencia más acusada al respecto estaría en relación con los hombres que decidieron la batalla, en el Ejército Unido Libertador. Sucre, el general en jefe, tenía 29 años, pocos más de la mitad que La Serna; y lo mismo ocurría en el caso de Miller, también con 29 años, que hablaría del virrey, después de la batalla, con el respeto y aún la veneración que le imponía, tanto la solemnidad del personaje, como el aspecto que le confería su edad. Mayor incluso sería la diferencia, con el más destacado de todos los generales en el campo de batalla de Ayacucho, José M^a Córdova Muñoz, que entonces contaba con 25 años, menos de la mitad de los ya vividos por La Serna.

A la luz de estos datos cabría plantearse una cuestión meramente especulativa. ¿Primó la audacia de los más jóvenes o la prudencia de los mayores? La respuesta o respuestas no conducirían a ninguna conclusión determinante, en este caso, ni siquiera condicionante. Obtuvo la victoria el Ejército que menos errores cometió aquel día.

Cambio de táctica en el Ejército Unido Libertador

Las circunstancias anunciaban, en los primeros días de diciembre, la hora del combate supremo. A pesar de las poco alentadoras condiciones en que se hallaban los contendientes, o quizás por ello. Sucre, durante un tiempo, había cumplido la recomendación de Bolívar de no arriesgar una confrontación general. Pero cada momento que pasaba la situación se volvía más complicada para mantenerse a la defensiva. Hasta unos días antes del enfrentamiento en Ayacucho, Sucre obedeció las indicaciones de Bolívar,

aunque algunos generales del Ejército Unido Libertador, se pronunciaron abiertamente (Córdova, Miller, ...) por una acción general contra el enemigo.

El 7 de diciembre, según Cortegana, el coronel Medina²³, edecán de Bolívar, trajo a Sucre la orden del Libertador, desde Chancay, para que diera perentoriamente y sin responsabilidad, la batalla general²⁴. Anulaba, así, la orden que había dado a Sucre de evitar la confrontación total. Y añadía, «antes de consentir que se perdiera el Ejército, como había ocurrido en la expedición de Santa Cruz en el Alto Perú, tras una interminable retirada, parecida a la que venían efectuando las tropas de Sucre, sin fruto alguno para el país y para sus hombres».

Los dos ejércitos continuaron desplazándose hacia Ayacucho. Sucre llegó allí por la pampa de Quinoa, pasando el poblado del mismo nombre. Los realistas maniobraron y se instalaron en la altura de Pacaycasa, cortando las comunicaciones del Ejército Unido Libertador hacia el Norte. Las últimas maniobras previas a la batalla las ejecutó el ejército de La Serna; desplazándose poco más de un kilómetro hacia el oeste hasta completar su movimiento envolvente, ocupando las alturas del Condorcunca, cuya cima llegaba hasta los 4.231 metros, unos 600 por encima del nivel medio de la pampa de Ayacucho. Las tropas del virrey tenían al pie del monte al ejército enemigo y, a sus espaldas, el valle de San Miguel, con salida al camino de Cuzco²⁵ por el río Pampas.

Sucre, por su parte, mandó realizar un pequeño movimiento para situar sus tropas de cara al enemigo, en la parte alta de la meseta de Ayacucho, al pie del Condorcunca. Tenía libre su comunicación con Lima, último refugio en caso necesario y de donde podría recibir alguna ayuda si fuese derrotado.

Las tropas españolas eran ligeramente superiores en número a las del enemigo. Además, la posición del ejército realista era muy favorable para la defensa. Salvando todas las diferencias lógicas, se hallaba en disposición parecida a la que Wellington empleó tantas veces en la Península contra las tropas napoleónicas (el ejemplo de Bussaco y otros). Finalmente, su potencia de fuego era muy superior: 10 a 1 en número de piezas de artillería. ¿Por qué, de pronto, José de La Serna que había desplegado, durante más de dos meses, una táctica bien concebida y ejecutada, la cambió súbitamente? Con su decisión de atacar perdía la ventaja del terreno, imposibilitaba el desplie-

²³ BALDÓ DIAZ, P.L. *Los 226 Aide d' Camps del Libertador Simón Bolívar (1810-1830)*. Bicentenario de la segunda batalla de Carabobo, (1821-2021).2021. En la relación de los 226 jefes que formaron en diferentes momentos, el teniente coronel Francisco Medina figura con la calificación de Edecán.

²⁴ CORTEGANA, Ob. cit.

²⁵ Cuzco distaba de Ayacucho unos 685 km. y Lima 560 km.

que ordenado de su caballería y renunciaba a la mayor potencia de fuego de su artillería. Además, la vaguada, que limitaba el campo de batalla a los pies del Condorcunca o Condorcanqui, dificultaba mucho el acceso de la infantería española, especialmente por el centro, a la meseta de Ayacucho. Sucre tenía protegidos sus flancos por unos barrancos, y por su frente la caballería realista no podía actuar de forma coordinada.

¿Por qué aceptó La Serna pasar al ataque? Una vez más, encontramos alguna información en las Memorias del general Miller «... la paciencia de las tropas realistas había llegado al límite y en Huamanguilla las tiendas del virrey y del general Canterac aparecieron cubiertas de pasquines para manifestar su disgusto por no haber librado antes la batalla decisiva»²⁶. Así según el parecer del jefe de la caballería patriota, La Serna habría aceptado comprometerse en una acción general, contra su propia opinión²⁷.

García Camba escribió que el desgaste para alcanzar al enemigo, con las enormes dificultades del terreno, habría obligado a los españoles a dejar atrás a hombres enfermos por falta de animales, pero lo mismo y en mayor medida les había ocurrido a los «independentistas». Así concluía que «este ejército, sin medios de subsistir no podía permanecer en la observación que le consumía»²⁸. Pero lo mismo dirían, tanto este autor como Miller, en cuanto a la situación en que estaba el ejército patriota. Parece claro que ninguno conocía con exactitud el estado de precariedad de sus rivales.

Así pues Ayacucho se habría convertido en el lugar señalado por el destino para la gran batalla, que uno y otro bando deseaban más que temían.

Las fuerzas en presencia y su distribución

Para la mejor comprensión de lo ocurrido en Ayacucho, veamos cuáles y en qué orden de batalla se presentaron las unidades de uno y otro ejército.

Ejército realista

General en Jefe, don José de la Serna, Virrey del Perú
Jefe de Estado Mayor, General don José de Canterac
2º Jefe, don José Carratalá
Jefe de la Artillería, don Fernando Cacho

²⁶ MILLER, J., Ob. cit. Tomo II, pp. 178-179.

²⁷ Ibid.

²⁸ GARCÍA CAMBA, A., Ob. cit. Pág. 298

Ala derecha:

División al mando de don Jerónimo Valdés

- Batallón Cantabria
- Batallón Centro
- Batallón Castro
- Batallón 1º del Imperial Alejandro
- 2 escuadrones de húsares
- 4 piezas de artillería

Centro:

División al mando del General don Juan Antonio Monet

- Batallón Burgos
- Batallón Infante
- Batallón Victoria
- Batallón de Guías
- Batallón 2º del Regimiento de Cuzco
- 1 brigada de caballería, entre Monet y Villalobos.

Ala izquierda:

División al mando de don Alejandro Villalobos

- Batallón 1º del Regimiento de Cuzco
- Batallón 2º del Imperial Alejandro
- Batallón 2º del Regimiento de Gerona
- Batallón de Fernando VII
- 1 Brigada de caballería

6 piezas de artillería para batir el flanco derecho del enemigo

Ejército Unido Libertador del Perú

General en Jefe, don José Antonio Sucre

Jefe de Estado Mayor, general don Agustín Gamarra

Jefe de la Caballería, general don George Miller

Ala derecha:

División al mando del general don José M^a Córdova

- Batallón Bogotá
- Batallón Voltigeros
- Batallón Pichincha
- Batallón Caracas

Centro:

Al mando del general don José Antonio Sucre

- Caballería colombiana
- Milicia

Ala Izquierda:

División al mando del general don José La Mar

- La Legión del Perú
- Batallones del Perú 1, 2, 3

En reserva:

División al mando del general don Jacinto Lara

- Batallón de Rifles
- Batallón Vencedor
- Batallón Venegas
- Caballería: Húsares de Junín

Escuadrón de Granaderos de los Andes para mantener abierto el camino de Quinua a Huamanga

- 1 pieza de artillería

El campo de batalla

La pampa de Ayacucho, «rincón» de muertos en lengua quechua, una meseta convexa, inclinada, se encuentra a una altitud que oscila de 3.400 a 3.600 metros. Su entorno, según escribía el general Valdés, «es el más cortado y difícil que hay en todo el Perú; los caminos, aún el de «posta», que es el que se llama Real, no son más que unas veredas tan escabrosas que es necesario echar pie a tierra en muchos parajes a pesar de ser prácticas las bestias en que se marcha»²⁹. La pequeña llanura en forma de cuadrilátero, de una legua de perímetro, está flanqueada a izquierda y derecha por barrancos profundos, cerrada al Este por las pendientes del Condorcunca (la garganta del cóndor, en quechua) que atraviesan de Norte a Sur el campo de Ayacucho. A un cos-

²⁹ Ver VALDÉS, J., Ob. cit. El general Valdés completaba la descripción del terreno en el que se desarrollan las marchas y contramarchas previas a la batalla. «*El país está atravesado por multitud de torrentes y tres ríos considerables que van de Oeste a Este, y son el Apurímac, el Abancay y el de Pampas, que discurren por barrancos profundos con tres o cuatro leguas de bajada y otras tantas de subida. La población es en su totalidad india, excepto en las villas de Abancay y Andahuaylas, que se encuentran algunos españoles*».

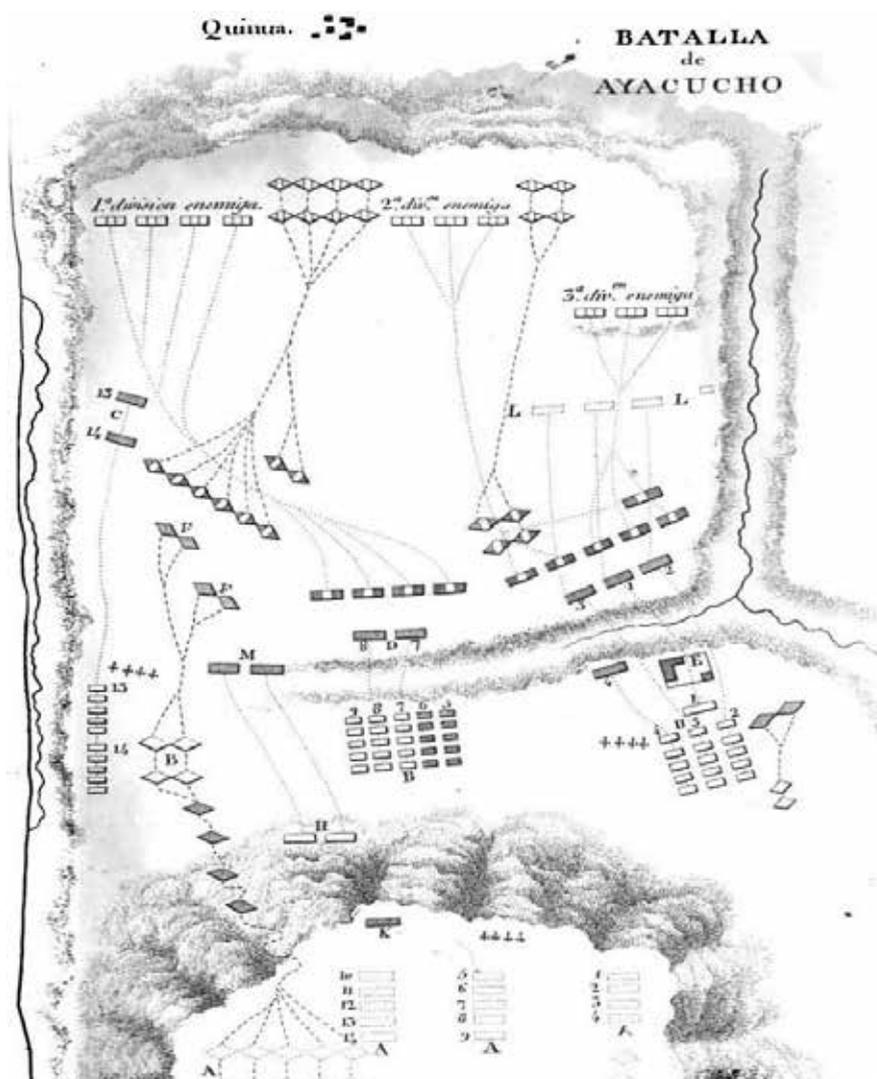
tado se abre el barranco seco del Jatumbuayco (gran torrentera) y, al Norte, el estrecho valle de Ventamayca. Se asciende hasta allí desde el poblado indio de Quinoa (o Quinoa), en el extremo occidental. A retaguardia de esta parte hay una bajada de dos lenguas al camino de Huamanga³⁰ a Huanta.

Las tropas «realistas» llegaron a Ayacucho en la tarde del 8 de diciembre (desde Huamanguilla) y se situaron en las laderas del Condorcunca o Condorcanqui, ocupando su parte alta, por encima de la mitad de la vertiente, hasta prácticamente la línea de la cumbre. Fuera del alcance del camino a seguir por el ejército «patriota». Desde sus posiciones se dominaba toda la llanura. La elección del terreno parecía pues favorable para el ejército del virrey. Las fuerzas «independentistas» acamparon cerca del pie del cerro, como a media milla de las de los españoles, con parte de sus unidades detrás de Quinoa, en columna cerrada, esperando el ataque del enemigo.

Así pues, el balance inmediatamente previo, a la acción de 9 de diciembre, indicaba lo siguiente: los realistas llegados a Ayacucho eligieron el terreno para la batalla. Una ventaja importante, en principio. Disponían, según se ha dicho, de 10 piezas de artillería (pues habían perdido 4 por diversos contratiempos) por 1 sola en manos del enemigo. En principio, la ventaja estaba del lado realista. Y, sin embargo, al día siguiente, a la hora decisiva, todo cambió.

Antes de la puesta del sol, conforme a la versión más admitida, aunque según otras en la mañana del día 9, poco antes del combate, se produjo un hecho aparentemente insólito. Un batallón «realista» de tropas ligeras bajó hasta la llanura y otro grupo de soldados «patriotas» comenzó a aproximarse a ellos. Cuando estuvieron cerca varios oficiales de uno y otro bando hablaron entre sí. Se conocían e incluso algunos pertenecían a la misma familia. ¿Trataron de un posible acuerdo temiendo que la inminente batalla marcaría de modo decisivo el destino de todos? Uno de esos encuentros emotivos llevó al brigadier Tur a abrazar a su hermano, teniente coronel del ejército «libertador». El primero advirtió al segundo del peligro que iban a correr los hombres de Sucre y le pidió que cesaran en su empeño de combatir. El teniente coronel rechazó indignado tal propuesta que atentaba contra su honra. Tras abrazarse, al igual que otros, volvieron a filas. Al día siguiente el brigadier Tur cayó prisionero y, poco después, se hallaba recogido en casa de su hermano, donde estuvo hasta ser enviado para España. Lo más destacado de las conversaciones de aquellos momentos tuvo como protagonistas al general Monet y al general Córdova.

³⁰ La ciudad de Huamanga se llamó así hasta el 15 de febrero de 1825 en que cambió su nombre por Ayacucho, el lugar de la batalla, que dista 37 km. Había sido fundada por Pizarro, bajo el nombre de San Juan de la Frontera, el 25 de abril de 1540.



«Croquis de la batalla de Ayacucho», en Torrente, Mariano (1830): Historia de la Revolución Hispano-Americana, tomo III, pág. 488

- A. Posiciones realistas en la noche del 8 al 9
- B. Maniobra preparatoria para el ataque realista
- C. Marcha de los batallones al mando del coronel Rubín de Celis
- D. Maniobra y ataque de la división Monet
- E. Ataque de la vanguardia de Valdés sobre la casa ocupada por los independentistas
- F. Carga de la caballería realista
- M. Avance y dispersión de los batallones de Gerona parte de la reserva realista
- K. Batallón Fernando VII, última reserva realista

Ayacucho: desarrollo de la acción

La decisión de atacar al enemigo se acordó en el ejército del virrey la noche del 8 al 9. En el plan de batalla estaba previsto que Valdés con los 4 batallones de vanguardia, 2 escuadrones de húsares y 4 piezas de artillería, en la derecha del dispositivo, deberían iniciar el movimiento sobre el flanco izquierdo de los «independentistas». La división Monet, con 5 batallones, descendería al llano y atacaría por el centro, cuando Valdés hubiera tomado ventaja. Villalobos con sus tropas, otros 5 batallones, operaría por la izquierda, para ocupar el borde superior de la quebrada que protegía el flanco derecho del enemigo y montar las 6 piezas de artillería que tenía³¹. Siempre después de que Valdés hubiera completado su ataque. La reserva quedaba formada por tres batallones (el de Fernando VII y dos del regimiento de Gerona). El peligro estribaba en que la caballería se vería obligada a descender por la ladera con los caballos de la brida. El espectáculo era imponente.

El plan parecía razonable, pero lo más difícil sería su ejecución, por las complicadas condiciones del suelo, para efectuar la bajada; y la angostura del campo, que dificultaba grandemente el despliegue de las unidades. Sucre arengó a los suyos asegurándoles que de los esfuerzos de aquel día iba a depender la suerte de América del Sur. Los jefes de uno y otro ejército estaban imbuidos de la trascendencia de la batalla. Ayacucho, como apuntábamos al principio, no iba a ser un episodio más en las guerras de la independencia.

El relato homérico, de la batalla, de tintes épico-románticos, empezaba con algún ribete bucólico. Así sabemos que: «aquel día amaneció hermosísimo», según los testimonios de varios de los que estuvieron allí presentes, entre ellos el general Miller³²; pero a poco se fue elevando la temperatura y las condiciones para la lucha se hicieron más exigentes. En ese campo, tan estrecho en tierra, se decidirían en gran parte los destinos de la América hispana.

Entre las 9 y las 10 de la mañana dio comienzo la batalla. A esa hora, la artillería del ala derecha de los realistas abrió fuego. Las tropas españolas parecían decididas y confiadas en la victoria. El virrey, Monet y Villalobos dirigían el descenso de sus columnas hacia el llano. Como tantas otras veces, la iniciativa correspondió al ejército realista. La división Valdés, apoyada por sus 4 cañones, realizó un movimiento envolvente sobre el ala izquierda de la división La Mar, cuyo flanco golpeó fuertemente, haciendo retroceder a varias compañías y prosiguió avanzando. La lucha parecía decidida a favor de los realistas, en aquel primer momento. Sin embargo un error

³¹ En esos momentos la artillería realista contaba con 10 piezas pues, por diversos motivos, había perdido 4 en los días previos.

³² Ver MILLER, J., Ob. cit.; y MORENO DE ARTEAGA, I., Ob. cit.

del coronel Rubín de Celis, que mandaba el 1er. batallón del Regimiento del Cuzco, al otro extremo del dispositivo realista, cambió la suerte de la batalla. Su ataque demasiado temprano y su avance excesivamente profundo, se produjo antes de que el general Valdés hubiera culminado el suyo. El contrataque de Córdova desbarató al batallón de Rubín de Celis³³.

La respuesta de Canterac, enviando a la división Monet en auxilio de Villalobos, no hizo otra cosa que empeorar la situación. Sucre mandó avanzar a la caballería colombiana y aunque los soldados españoles se batieron con bravura ejemplar, no pudieron resistir la superioridad de las tropas de Sucre. El coronel Rubín de Celis murió heroicamente, pero la batalla había cambiado de signo. El escuadrón de San Carlos y el 2º batallón del Imperial intentaron apoyar a los soldados del 1º del Cuzco, pero no consiguieron restablecer el orden. El batallón de Caracas atacó entonces a la artillería española, desprotegida en gran parte por el ataque prematuro de Rubín de Celis y se apoderó de ella.

Monet, al frente de su división, descendió por el centro de la ladera del Condorcanqui y se lanzó inmediatamente al ataque, sin esperar el reagrupamiento de sus unidades. Tampoco aguardó a que acabase de bajar la caballería, ni a que se completara el emplazamiento de la artillería en los lugares que tenía asignados. O sea, al igual que Rubín de Celis, se precipitó sin la preparación conveniente y no pudo lograr la coordinación necesaria entre sus unidades. Ni siquiera se preocupó de adoptar las medidas imprescindibles para superar la vaguada existente entre el pie del Condorcanqui y la pampa de Ayacucho. Sucre fue batiendo unas tras otras las líneas de la División Monet, a medida que asomaban a la llanura, incapaces de atacar conjuntamente

Sólo la brigada Pardo de la infantería realista logró atravesar la hondonada, pero fue prácticamente la única que puso pie, de forma ordenada, en la meseta. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió mantenerse ante las tropas del general Córdova. Los otros dos batallones de Monet ni siquiera pudieron salir del barranco. El ataque de los soldados independentistas aplastó a la división Monet, quien resultó herido. Para completar la derrota, Miller, al mando de los lanceros de la caballería colombiana, destrozó a los Dragones de la Unión, a las órdenes de Ferraz, y a los Escuadrones de Guardias españoles, con Bedoya como jefe.

La caballería realista, como se temía, tuvo que bajar la empinada y agreste pendiente del Condorcanqui, sin poder montar sus caballos. Así, los jinetes españoles, moviéndose a pie, fueron batidos fácilmente por el fuego

³³ Ver DBE-RAH. Joaquín Rubín de Celis y Lastra (Astorga, 25-VIII-1792/Ayacucho, 9-XII-1824). Contaba 32 años y había empezado su carrera militar, como tantos otros, en la Guerra de la Independencia contra Napoleón.

del batallón Pichincha. Al igual que la infantería, los restos de la caballería española también se retiraron y las tropas de Córdova, ya desde la base del Condorcanqui, fueron ascendiendo para dispersar a los batallones del regimiento del Gerona y al de Fernando VII. La Serna, herido en la cabeza y en un brazo, cayó en manos del enemigo.

El desenlace de la batalla pudo haber sido bien distinto, si la infantería de Monet hubiera logrado alcanzar la meseta y aliviar, de este modo, la presión enemiga sobre la división Valdés. El factor decisivo en el resultado de la lucha fue pues que, en ningún momento el Ejército realista, en conjunto, logró entrar en el campo de batalla, como señaló el historiador venezolano Vicente Lecuna³⁴, rebatiendo la versión del historiador peruano M. F. Paz Soldán³⁵. El plano equivocado de la batalla de Ayacucho que incluyó en su *Historia del Perú independiente*, fue seguido por muchos autores difundiendo el error. En las nueve relaciones de lo acontecido allí el 9 de diciembre de 1824 escritas por actores directos de la acción³⁶, tanto en un bando como en otro, se insiste en negar que la infantería realista, al completo, lograra acceder al combate.

El desenlace de Ayacucho

La jornada del 9 de diciembre concluyó con el cese de las hostilidades solicitado por Canterac, según unas versiones y, según otras, ofrecido por La Mar. En cualquier caso, a última hora de la tarde, se redactó y firmó una especie de bases sobre el mismo campo de batalla, para la capitulación del ejército realista.

³⁴ LECUNA SELBOCH, V., *Documentos referentes a la creación de Bolivia*. 1924. Este autor restauró y organizó el archivo de Bolívar. Después fue conservador y editor de la documentación del Libertador y fue el restaurador de la casa natal de Bolívar y en ella depositó no sólo el archivo de éste, sino también los papeles de Sucre.

³⁵ PAZ SOLDÁN, M. F., Ob. cit. Esta obra fue durante mucho tiempo el único estudio documentado de las primeras décadas de la República peruana. Fue considerado el fundador de la historiografía peruana moderna.

³⁶ MILLER, R. Ob. cit.; VALDÉS, J. Ob. cit. Varios de ellos incluían el plano y croquis de la batalla. El dibujado por Valdés se perdió, pero GARCÍA CAMBA, A., Ob. cit., corrobora su testimonio; ESCUDERO, B.F., *Diario de la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824 que terminó en la batalla de Ayacucho*, c. 1830, insiste en la misma línea; LÓPEZ, M.A., *Memorias*. Bogotá, 1878, reafirmaba que la infantería española no había llegado al llano; REY DE CASTRO, J. M^a., *Recuerdos del tiempo heroico*. Guayaquil, 1883; SUCRE, A. J. de, «Parte oficial de la jornada de Ayacucho», YAÑEZ GERMÁN, G. Última campaña de la independencia del Perú: Junín y Ayacucho, enero a diciembre de 1824. Lima, 1924; y O'CONNOR, F.B., *Independencia Americana: Recuerdos de F.B. O'Connor*, 1895, afirmaba que el plan de Sucre fue no dejar que el Ejército realista descendiera a la meseta.

Al día siguiente, Canterac y Carratalá, firmaron con Sucre el documento correspondiente³⁷. En el quedaban aseguradas las personas y propiedades de los realistas; la obligación de abonar los pasajes de los combatientes del ejército español que quisieran regresar a la Península; la licencia para que todo buque de guerra, o mercante pudiera proveerse de víveres, en cualquier punto de la costa, y regresar libremente a Europa. A los militares vencidos se les respetaban sus grados y honores.

Otra serie de puntos, incluidos en ese acuerdo atendían a la consideración, como peruanos, de todos los que habían seguido la causa del rey, si así lo querían; y la integración de aquellos que lo desearan en las filas del ejército del Perú, manteniendo su graduación. Se admitía la libertad de opiniones y se garantizaba el olvido de lo sucedido hasta entonces. Asunto aparentemente secundario, pero no menor, era el compromiso de los vencedores de abonar los atrasos acumulados por el impago, de los sueldos a los miembros del ejército realista, incluidos en la capitulación, hasta que se produjera su salida del territorio peruano. El general Rodil, gobernador de las fortalezas de El Callao y Chiloé, que contaba con 2. 133 hombres, no aceptó la capitulación.

En aquella circunstancia el virrey y sus tropas que se habían visto en la alternativa de quedar en manos de los insurgentes o caer, tal vez, en las de Olañeta, prefirieron entregarse a Sucre y, bajo su protección en enero de 1825, se embarcaron para España.

José de la Serna, después de curarse de sus heridas, ninguna grave, tras los primeros cuidados, que le dispuso el general Miller, pudo embarcar para España, a bordo de la fragata francesa *Ernestine*, que le conduciría a Burdeos. Siguió viaje a nuestro país, llegando a Madrid en junio de aquel año. Fernando VII reconoció su importante labor en el Perú, nombrándole conde de los Andes. La salida del virrey La Serna contribuía a engrandecer el simbolismo de Ayacucho, pues encarnaba el forzado abandono de aquellas tierras, por parte de España.

Bajas

Otra interrogante sigue sin contestarse con exactitud hasta hoy. ¿Cuántas víctimas se produjeron en Ayacucho? Tanto si aceptamos el parte

³⁷ Sobre el momento, el lugar y la forma en que se produjo la firma del documento hay más de una versión. Según algunos historiadores, la misma noche del 9 de diciembre se redactó, pero no se firmaron las condiciones de la rendición, en la tienda del general Sucre, en Quinua, sino al día siguiente, 10 de diciembre de 1824, en una casa de la población de Ayacucho.

de Sucre como si no, esos datos se referirían a la jornada de 9 de diciembre. Pero como es sabido en las guerras de esa época la mayor parte de las víctimas mortales se producían en los días posteriores al combate.

Con la entrada en vigor de la capitulación de Ayacucho todos los prisioneros quedaron libres. El virrey marchó rápidamente a Arequipa, donde estaba la escuadra española. Le acompañaban los mariscales de campo Valdés y Villalobos; los brigadieres Landazuria, Ferraz y Camba. Algunos oficiales, 13 soldados de su guardia, el médico y el capellán. El 11 de enero de 1825, embarcó, como hemos dicho, en la fragata francesa *Ernestine*, junto con Maroto, Valdés y Villalobos y los brigadieres Landazuria y Ferraz. Sesenta días después llegaron a Río de Janeiro, donde tuvo graves problemas de salud. Allí se le sumaron Canterac, Carratalá y juntos llegarían a Burdeos.

Al igual que ocurre con las cifras de combatientes, que tomaron parte en la jornada de Ayacucho, también el número de bajas varía según la fuente que utilicemos. «Realistas» y «patriotas» tendieron a manifestar un balance de la batalla lo más favorable posible a sus respectivos intereses. Aumentar la cantidad de enemigos muertos o heridos, y disminuir los datos propios, buscaron siempre magnificar la victoria o disminuir la derrota. A la luz de la información disponible conviene hacer alguna crítica sobre algunos de los datos publicados, para acercarnos a la estimación más correcta.

Quedaron en poder del Ejército Libertador, 2 Tenientes Generales: La Serna y Canterac; 4 Mariscales de Campo: Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; 10 Generales de Brigada: Bedoya, Ferraz, García Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landazuria, Pardo y Tur; 16 Coroneles; 68 Tenientes Coroneles; 484 Mayores y Oficiales; más de 2.000 prisioneros de tropa; gran cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. Mil ochocientos cadáveres, setecientos heridos en la batalla de Ayacucho, han sido las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas.

Según el general Córdova, las patriotas capturaron 16 generales, 16 coroneles (cifras coincidentes con las expresadas por Sucre), pero difiere algo en cuanto a la clasificación de jefes y oficiales el número de ellos, más de 500 oficiales y eleva sensiblemente el número de soldados, hasta más de 3.000. Y concluía: «hemos hecho lo que había que hacer de más grande en el Universo».

En este sentido el general Andrés García Camba advertía en sus *Memorias* ... que «no es posible asegurar con exactitud el número de muertos y

heridos de una y otra parte»³⁸. Algo lógico, al margen del afán por la manipulación del cómputo final, pues ni se conocía la cantidad exacta de combatientes, ni cuantos desertaron; ni la cifra de desaparecidos, ... etc. Nadie contó los muertos y sólo se hizo referencia a los cadáveres del campo de batalla»³⁹

Muchos de los heridos, de uno y otro bando, fueron llevados a la iglesia de Quinua, convertida en hospital de sangre; varios más serían atendidos en las casas de algunos vecinos y otros trasladados a Huamanga, en «chacanas», una especie de camillas rudimentarias, portadas por los indígenas de la zona. Una parte del elevado número de afectados llenaron la iglesia de Huamanga y el hospital de San Juan de Dios pero, además, hubieron de ser acogidos, también aquí, en las casas de los vecinos cuyos recursos les permitían llevar a cabo las atenciones necesarias.

Los fallecidos en esta población, hoy Ayacucho, fueron inhumados en su camposanto, por orden de Sucre. Otros en la iglesia y en el ya mencionado hospital de San Juan de Dios. Las víctimas que perecieron en el traslado hacia esta población fueron cubiertas por la tierra, en lugares próximos a los caminos. Los muertos en Quinua recibieron sepultura en el templo de esta pequeña población y en las casas de varios de sus habitantes. Algunos, abandonados por diferentes causas, quedaron a la intemperie hasta ser recogidos posteriormente, o hasta su descomposición. Nada extraño en aquellos tiempos para casos semejantes. Obviamente no había cementerios previstos para este tipo de mortalidad extraordinaria⁴⁰.

Junto a los muertos y heridos anónimos figuraron varios jefes y oficiales notables. En el bando realista el más destacado de los fallecidos fue el ya citado coronel Joaquín Rubín de Celis, nacido en Astorga, en 1782, que junto a su hermano Miguel, había viajado a América en la expedición de Pablo Morillo. La relación de heridos estaría encabezada por el propio virrey don José de la Serna⁴¹, el general don Juan Antonio Monet del Barrio y el comandante don Antonio Azpiroz.

³⁸ GARCÍA CAMBA, A., *Memorias para la historia de las armas españolas en Perú*. Madrid, 1846.

³⁹ Ver VÁSQUEZ GONZÁLEZ, J. M^a., «Bicentenario: la batalla de Ayacucho, un acontecimiento emblemático» en *PURIQ*, edición especial bicentenario, Vol. 3, N^o 3, (2021), pp. 301-326.

⁴⁰ Los movimientos de tierra para la construcción de algunas obras públicas en diferentes ocasiones a lo largo del siglo xx, dejaron al descubierto los huesos de no pocos de los combatientes el 9 de diciembre de 1824. Por ejemplo, la construcción de la carretera Ayacucho-Quinua-Tambo (1922) o la nueva construcción de la misma carretera en 1974.

⁴¹ Ver DBE-RAH. José de la Serna (Vigo 1781 - Madrid 1837) había combatido en Bailén, donde resultó también herido. En enero de 1816 marchó destinado al Perú como coronel del Regimiento Infante don Carlos; y MORENO DE ARTEAGA, I., *José de La Serna, último virrey español*. Astorga, 2010.

La suma final de oficiales de toda clase a los que se les entregó pasaporte para regresar a España hasta el 31 de enero de 1825 fue de 387 y 364 individuos de tropa. Permanecieron en América, en condición de civiles 526 ex oficiales y 986 soldados. Se incorporaron al Ejército peruano 2.999 soldados y al colombiano 3.095. En estas cifras se incluyen tropas de las diferentes guarniciones provinciales.

Los presidentes hispanoamericanos se reunieron en Lima en diciembre de 1974, con motivo del sexquicentenario, para firmar la llamada «Declaración de Ayacucho». En su búsqueda de unidad surgidas en la lucha independentista vuelven los ojos al escenario de esta gesta donde los muertos de uno y otro bando, quedaron definitivamente juntos y hermanados bajo la mirada imasible del cóndor, «señor de los cielos americanos»

Los errores del Ejército realista el 9 de diciembre de 1824

Son varios los testimonios que criticaron la decisión del virrey de plantear una batalla general con las huestes de Sucre, en Ayacucho. La resolución de atacar la adoptaron, como sabemos, el Virrey y su jefe de Estado Mayor, Canterac, el día previo a la batalla. Miller, Sucre y otros protagonistas de la jornada, desde el bando opuesto, señalaron, a posteriori los errores, o al menos el excesivo riesgo, en las disposiciones de La Serna. Por el contrario, Valdés, el más destacado de nuestros generales, aseguró que la «batalla era necesaria y el lugar conveniente» y concluía afirmando que el plan fue bien concebido y explicado. Sin embargo, conforme a otros testimonios, la opinión del jefe del ala derecha de las tropas realistas no había sido tan favorable; todo lo contrario. Según su ayudante, el parecer del vencedor en Matará, habría sido opuesto a dar la batalla. Su consideración sobre la táctica le habría llevado a calificarla, como algo más propio de dos frailes «gilitos» que de militares experimentados. Como colofón de su percepción negativa habría anunciado: «*Mañana sucumbiremos y con nosotros el dominio de España en estos territorios*»⁴².

⁴² ESCUDERO, B.F., *Diario de la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824 que terminó en la batalla de Ayacucho*. Este autor era capitán y ayudante de Jerónimo Valdés. Después de Ayacucho, tras la independencia del Perú, entró al servicio del ejército de la República y fue hombre de confianza de Agustín Gamarra. En 1835 regresó a España. Fue alcalde de Gijón entre 1859 y 1863. En la obra que aquí mencionamos recogió algunas expresiones en contra de Canterac como responsable del plan de batalla. El mismo Valdés habría comentado al coronel jefe del Batallón de Cantabria, pocas horas antes del comienzo de la lucha, que «ese plan de batalla podían haberlo urdido dos frailes gilitos, pero no dos militares. A lo que éste habría mostrado la misma consideración despreciativa. Tampoco Maroto, el más tarde general carlista, estaba entre los admiradores de Canterac.

No es menos cierto, sin embargo, que al margen de la planificación prevista, en aquellas guerras, la decisión de un solo jefe de batallón podía contribuir decisivamente al resultado de la batalla. Así ocurrió en Junín y también sucedería en Ayacucho. En ambos casos con efectos negativos para las armas españolas.

Los defensores de la decisión del ejército realista, de pasar al ataque, señalaron diversos motivos para «justificar» la medida adoptada. Uno de esos argumentos justificativos se apoyaba, en que las tropas estaban ansiosas de combatir y terminar, de una vez por todas, con las penalidades que suponían las extenuantes marchas y contramarchas, realizadas durante los dos meses anteriores. Aquellos soldados se habían visto obligados por sus jefes a no responder a los desafíos del Ejército Unido Libertador para aceptar la batalla general. Hasta entonces había parecido más conveniente no arriesgarse a un enfrentamiento sin posible solución en caso de derrota. Pero, a partir del triunfo obtenido por Valdés en Corpahuaico (o Matará), el 3 de diciembre, la situación era muy distinta. Muchos historiadores consideraron Junín como el penúltimo enfrentamiento armado entre el ejército «patriota» y el «realista». El último sería en Ayacucho.

Este relato de la campaña de 1824 no es cierto. Desde el 6 de agosto al 3 de diciembre, aún con algunas matizaciones, podría admitirse; pero, a partir de esta última fecha, no se ajusta a la realidad. La comparación de los resultados de ambas batallas así lo demostraría. Recordemos que el número de bajas del ejército realista, en Junín, fue de 254 y 80 prisioneros; mientras el Ejército independentista contó entre los suyos 148 bajas. El balance de Corpahuaico arrojó unas cifras muy superiores y el desequilibrio entre uno y otro ejército fue mucho mayor. En las filas del Ejército Unido Libertador, hubo 700 (de ellas 300 muertos); toda su artillería, menos una pieza, y gran parte de sus mulas y de la impedimenta. Mientras, en esa misma jornada, las pérdidas «realistas» apenas llegaron a 30 hombres, entre muertos y heridos.

Las dos batallas tuvieron efectos importantes en la moral de vencedores y vencidos. Junín se consideró, por los «patriotas», un triunfo importante para la independencia de Perú. Ciertamente supuso la recuperación de su confianza tras las derrotas del año anterior (Torata, Moquegua, Zepita ...) Paralelamente produjo un fuerte revés en la moral, sobre todo de la caballería «realista». Corpahuaico fue estimada por las fuentes «patriotas» como una victoria táctica de La Serna y un triunfo estratégico de Sucre, que se mantendría en su retirada. No deja de ser una visión bastante sesgada. Por otra parte, influyó notablemente en la recuperación moral de las tropas del virrey, deseosas de buscar la contienda final. Si de Junín salía reforzada la

confianza de las huestes «patriotas», de Corpahuaico eran los soldados realistas los que habrían vuelto a creerse superiores a sus rivales.

En Huamanquilla las tiendas de los principales jefes del ejército realista, incluidas las de Canterac y el virrey, amanecieron cubiertas, según dijimos, con carteles en los que se pedía plantar cara al enemigo. Este exceso de euforia influyó en la postura de emprender una acción general, pasando al ataque. La opinión de Miller, en este sentido, llegó a decir que La Serna y Canterac se comprometieron a una acción general contra su propia opinión⁴³. Incluso si así hubiera sido, esto no disculpa el error del mando. Hasta ese momento el balance de la campaña era favorable al ejército realista, aunque hubiera sido a costa de un innegable desgaste propio.

Ni la situación de agotamiento de los hombres, ni los problemas de abastecimiento serían motivos suficientes para justificar el error. Eran ciertas las dificultades crecientes para continuar la campaña, pero las del enemigo fueron aún mayores. Aunque el Ejército realista no dispusiera de medios para sostenerse, durante más de cinco o seis días, los contrarios apenas disponían de alimentos para dos o tres jornadas. El error, indisimulable de La Serna y Canterac, pudo venir inducido por un fallo en la información, pero el balance fue un cúmulo de desaciertos. Debería aceptarse que perdieron, sin necesidad, las importantes ventajas que tenían: la del terreno y la del armamento. La posición de La Serna en el Condorcanqui era mucho mejor que la de Sucre, para haberse mantenido a la defensiva, sin embargo pasó a ser peor, por cuanto la ofensiva obligaba a bajar de la zona dominante del terreno, teniendo que salvar los obstáculos que presentaban las irregularidades del suelo y la acusada vertiente del descenso. El cambio de táctica contribuyó además a la pérdida de la superioridad de fuego, pues la artillería ni se emplazó, ni se protegió adecuadamente. La potencia de 10 a 1 favorable al ejército realista no se supo aprovechar.

Esta decisión de combatir, aceptando las condiciones ofrecidas por el enemigo, fue más determinante, para la derrota, que el error del coronel Rubín de Celis, o los de otros como Monet, Canterac y alguno más.

De la «liberación» a la rebelión

El Perú de 1824 podía ser muchas cosas, pero no era un ente homogéneo y uniforme, en ningún sentido. Ni combatió a los españoles en bloque, ni se identificó con la causa libertadora de manera unánime; ni sintió entu-

⁴³ Ver MILLER, J.: Ob. cit.

siasmo general ante su liberación. Su heterogénea composición etnocultural, y la diversidad de intereses, de unos y otros sectores de su población, no podían pasar, de la noche a la mañana, a la uniformidad de criterios, sentimientos y aspiraciones «nacionales». En varias zonas del territorio peruano se produjeron sublevaciones indígenas con posterioridad a la derrota del ejército realista⁴⁴.

Un ejemplo de este paso, de la «liberación» a la rebelión tuvo por escenario la zona de Huanta y Huamanga, donde los insurgentes iquichianos, defensores de la monarquía, corporativa, pluriétnica y poliárquica, reflejo de la monarquía tradicional y al pluralismo jurídico de los Fueros del Imperio español, al que consideraban mayor y mejor garantía de sus intereses. Los habitantes de Iquiche se alzaron contra la República peruana en nombre del rey de España. Desconfiaban del constitucionalismo uniformizador «progresista», del centralismo, de las propuestas bolivarianas y de la democracia liberal. Combatieron contra el Ejército Unitario Restaurador del Perú, de 1825 a 1828, integrados en un movimiento que acogía a curas, campesinos, arrieros, hacendados locales, soldados y comerciantes españoles y, por supuesto, a la población india.

Atacaron Ayacucho, que ya no era la pampa de Quinua, ni el rincón de muertos al pie del Condorcunca, sino la ciudad de San Juan de la Frontera de Huamanga (fundada por Pizarro, en 1540, llamada Huamanga -del quechua Waman ka- y Ayacucho, a partir de febrero de 1825). La Sevilla peruana, la ciudad de las 33 iglesias, capital religiosa del Perú y cuna de la libertad hispanoamericana. Todo un símbolo del sincretismo histórico del país, que estaba por realizarse.

Los iquichenos fueron derrotados en noviembre de 1827, pero volvieron a sublevarse en 1834 y, entre 1836 y 1839, mantuvieron una nueva guerra contra el ejército peruano. Aunque no es éste el tema del presente artículo, seguramente ese conflicto, y la necesidad de su superación, señalan bien todo el significado de Ayacucho, no uno sólo de sus elementos.

En Ayacucho, los dioses ofrecieron a los hombres el bien supremo, la libertad. Por ella batallaron los héroes contra los titanes y vencieron a todos, menos a *Crono*. El ideal universal de la solidaridad necesaria para afianzar el triunfo obtenido, no resistió el embate de los múltiples egoísmos, y saltó hecho añicos a manos de los impulsos nacionales. Mejor dicho: no logró enraizar. Los vencedores en Ayacucho murieron pronto, para seguir viviendo en el espacio habitable de la gloria, asomados siempre a la Historia por hacer. Tuvieron tiempo de ver sus anhelos fracasados y con ellos la pérdida de

⁴⁴ HUSSON, P., *De la guerra a la rebelión (Huanta, siglo XIX)*. Lima, 1992.

sus propias vidas: Bolívar, 1830, acosado por muchos, después de escapar a algún intento de asesinato; Córdova, asesinado en 1829; Sucre, asesinado en 1830; La Mar, muerto en el destierro.

Solo a partir de 1840, por influencia de Bartolomé Herrera se habló de un Perú no sólo, y no tanto, producto del pensamiento heredero de la revolución francesa y del liberalismo radical, sino de una síntesis de valores europeos de las aportaciones andinas y africanas⁴⁵. Ensalzó, extraordinariamente, el valor de la acción española sobre todo en su función evangelizadora. Deberían transcurrir varias décadas hasta que la independencia, alcanzara a la población indígena, sin la cual Perú no podría vivir. Ayacucho abrió la puerta a la construcción del Perú, acción tan trascendente, como la propia lucha de independencia de la burguesía criolla contra España.

Riva Agüero en su obra *La historia del Perú* (1910) criticó la falta de verdadero patriotismo de esa burguesía criolla, receptora única de la independencia producida por los «patriotas» en la guerra contra España. Señalaba la falta de la amplitud de miras y del esfuerzo necesario, para hacer del Perú una verdadera nación, convertido en una especie de factoría productiva, con permanentes conflictos de intereses

El profesor José de la Puente Brunke ha publicado un interesante artículo a propósito de esta necesidad, aprovechando la celebración en 2021 de la independencia proclamada por San Martín⁴⁶.

A modo de epílogo abierto

Ayacucho es un ejemplo paradigmático de lo que Borges escribía en *Elogio de la sombra*:

*Somos nuestra memoria
Somos ese quimérico museo de formas inconstantes
ese montón de espejos rotos*

⁴⁵ HERRERA, B., *Escritos y discursos*. Lima, 1929-1934. Filósofo, político y hombre de Iglesia, defensor del liberalismo moderado, de componente tradicional, inspirador del doctrinarismo francés y del moderantismo español, con Juan Donoso Cortés como referente, al que conoció y trató en París. Su discurso fúnebre en memoria de Agustín Gamarra (1842) y su «Sermón de acción de gracias por el de la Independencia» (1846) contienen algunos de los aspectos claves de su pensamiento. La construcción de una historia inclusiva, capaz de afianzar el sentimiento peruano de nacionalidad, en claves de entendimiento interno, y apertura a la armonización internacional, sigue siendo el gran objetivo.

⁴⁶ Ver PUENTE BRUNKE, J. de la, «La PCUP y la identidad nacional», en TANAKA, N., *Las elecciones y el Bicentenario: ¿oportunidades desperdiciadas o aprovechadas?*, pp. 185-195. Lima, 2021.

Ciertamente un cúmulo de vidrios que reflejan las miles de formas del pasado que nos constituyen. Lleno y vacío a la vez. Las evocaciones efeméricas a las que nos referíamos, a comienzos de este artículo, son tan necesarias como útiles para vernos en la perspectiva del tiempo, en imágenes distintas, parciales pero en continua complementación, siempre a la búsqueda de nuestras fisonomías. Todo menos aceptar el vacío, como precio de lo acabado, de lo ya concluido.

Estamos abocados a existir en la historia, concebida al paso de sus luces y sus colores, no para negarse recíprocamente, sino para alimentarse. Ayacucho no constituyó el Perú; abrió una puerta a ese ejercicio que demandaba la comprensión de nosotros mismos. Así un día y otro por siempre. Las cosas no son monedas de una sola cara, salvo cuando se perciben resignadamente, o reclinados en el cómodo colchón de la ignorancia, acaso más que nunca cuando se disfraza de una especie de saber complaciente.



Mapa de Perú actual

BIBLIOGRAFÍA

- BALDÓ DÍAZ, P.L. (2021): *Los 226 Aide d' Camps del Libertador Simón Bolívar (1810-1830)*. Bicentenario de la segunda batalla de Carabobo (1821-2021).
- BARDIN, L.: *Análisis de contenido*. Madrid, 1991.
- BIDONDO, E.: *La Guerra de la Independencia del Alto Perú*. Buenos Aires, 1979.
- BORGES, J.L. (1969): *Elogio de la sombra*.
- CARRASCO LIMAS, A.: *La historia del Perú de Juan Basilio Cortegana: una contribución al estudio de la Historia Nacional*. Lima, 1954.
- CORTEGANA, J.B.: *Historia de las batallas de Junín y Ayacucho*. Lima, 1974.
- Diccionario Biográfico electrónico (DB~e) de la Real Academia de la Historia*.
- DÍAZ BERMÚDEZ, J.F.: *Ayacucho símbolo de la libertad*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alicante, 2009.
- ESCUADERO, B.F.: *Diario de la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824 que terminó en la batalla de Ayacucho*. C.1830.
- GARCÍA CAMBA, A.: *Apunte para la historia de la revolución del Perú sacada de los trabajos del Estado Mayor del Ejército de Operaciones*. Lima, 1824.
- : *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. Madrid, 1846.
- GOÑI, F.: *Un día de guerra en Ayacucho*. Madrid, 2021.
- HERRERA, B.: *Escritos y discursos*. Lima, 1929-1934.
- HUSSON, P.: *De la guerra a la rebelión (Huanta, siglo XIX)*. Lima, 1992.
- LECUNA SELBOCH, V. (1924): *Documentos referentes a la creación de Bolivia*.
- LÓPEZ, M.A.: *Memorias*. Bogotá, 1878.
- LÓPEZ BORRERO, M.A. (1878): *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López: ayudante del Estado Mayor General Libertador, Colombia y Perú (1819-1826)*.
- : *Campaña del Perú por el Ejército Unido Libertador de Colombia: Perú, Buenos Aires y Chile a las órdenes del inmortal Bolívar, en los años de 1823, 1824 y 1825 con mapas de los campos de batalla que*

dieron libertad a aquella república, y aseguraron la independencia del Nuevo Mundo. Caracas, 1843.

MILLER, J.: *Memorias del general Miller.* Madrid, 2010.

MIRA CABALLOS, Esteban: *Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú.* Ed. Crítica. Barcelona, 2018.

MORENO DE ARTEAGA, I.: *José de La Serna, último virrey español.* Astorga, 2010.

O'CONNOR, F.B. (1895): *Independencia Americana: Recuerdos de F.B. O'Connor.*

OLMEDO, J.J.: *Obras poéticas.* Valparaíso, 1848.

PAZ SOLDÁN, M.F.: *Historia del Perú independiente (Selección).* Bicentenario del Perú. Lima, 2022.

PEZUELA, Joaquín de la: *Memoria de Gobierno, 1816-1821.* Sevilla, 1947.
-----: *Manifiesto en que el virrey del Perú refiere el hecho y circunstancias de su superación del Mando.* Madrid, 1821.

PUENTE BRUNKE, J. de la: «La PCUP y la identidad nacional», en TANAKA, N., *Las elecciones y el Bicentenario: ¿oportunidades desperdiciadas o aprovechadas,* pp.185-195. Lima, 2021.

REY DE CASTRO, J.M^a.: *Recuerdos del tiempo heroico.* Guayaquil, 1883.

RIVA AGÜERO, J. de la: *La historia del Perú.* Lima, 1910.

RODIL, J.R.: *Memoria del sitio del Callao.* Sevilla, 1955.

SUCRE, A.J.: *De mi propia mano.* Selección de cartas y prólogo de J.L. Salcedo Bastardo. Ayacucho, 2009.

TORRENTE, M. (1830): *Historia de la revolución hispanoamericana.*

VALDÉS, J. (conde de Torata): *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú.* Madrid, 1894-1898.

-----: *Exposición al Rey Fernando VII.* Vitoria, 1827.

YAÑEZ GERMÁN, G.: *Última campaña de la independencia del Perú: Junín y Ayacucho, enero a diciembre de 1824.* Lima, 1924.

VÁSQUEZ GONZÁLEZ, J.M^a.: «Bicentenario: la batalla de Ayacucho, un acontecimiento emblemático», en *PURIQ*, edición especial bicentenario, Vol. 3, N° 3, (2021).

Colecciones documentales:

Entre la amplia relación de Archivos y Bibliotecas utilizables para el estudio de los ocurrido en torno a la campaña de 1824 y, es especial, a la jor-

nada del 9 de diciembre de aquel año figuran en España, el Archivo General de Indias; el Archivo General Militar; el Archivo Histórico Nacional (hoy en gran parte en el Archivo General de Administración; y el Archivo del Conde de los Andes la Biblioteca Nacional. En Perú, el Archivo del Departamento de Cuzco; el Archivo General de la Nación del Perú; del Instituto Riva-Agüero, ...

Uno de los fondos más importantes para el estudio de la batalla de Ayacucho fue el recopilado por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (Lima, 1971 y ss.). Entre sus materiales figuran diarios, crónicas, epistolarios, documentos militares, diplomáticos, eclesiásticos, económicos, ... etc.